

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

EL DRAGON DE LOS ASTROS

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



FABA

Datos del libro

Autor: Garland, Curtis

Editorial: Bruguera, S.A.

Colección: Colección La Conquista del Espacio, 231

ISBN: 9788402025258

Generado con: QualityEbook v0.60

EL DRAGÓN DE LOS ASTROS



CURTIS GALAND

EL DRAGÓN DE LOS ASTROS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 231

Publicación semanal.

Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA — BOGOTÁ — BUENOS AIRES — CARACAS —
MEXICO**

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 47.110 — 1974

Impreso en España — Printed in Spain

1a edición: enero, 1975

© **CURTIS GARLAND** — 1975

texto

© **SALVADOR FABÉ** — 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

*Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, Sa.***

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1974

CAPITULO PRIMERO

—**ES** él. El Cruzado Negro. Tienes que combatir por tu vida.

El gigante rubio, de piel dorada oscura, de músculos que parecían manojos dotados de vida independiente bajo la epidermis bronceada, se incorporó despacio, clavando sus ojos de acero vivo en el hombre que le hablara.

—No quiero luchar —dijo, moviendo despacio su arrogante cabeza de larga melena dorada.

—Tienes que hacerlo, o él te matará.

—No puedo. Nadie lucha por placer, por diversión. Morir es odioso, pero matar también lo es. Ha de existir un motivo grave, entre dos hombres, para luchar a muerte.

—El Cruzado no necesita motivos. Mata, simplemente. Su misión es matar. La cruz que lleva en su coraza negra no es la de un símbolo religioso, sino la de la propia muerte. Es una cruz de seis brazos, rematado cada uno en una calavera plateada. El símbolo de la destrucción.

—La destrucción. ¿Por qué motivos? —preguntó, con amargura, el gigante rubio, sacudiendo sus hombros, anchos y poderosos.

—Por ninguno en particular. Sólo porque una vez hizo votos de matar, de ser solamente un asesino, al servicio de los designios ajenos. No recibe monedas por ello. Kumak, el poderoso matador de la coraza negra, no es un mercenario.

—¿Qué es, entonces? ¿Un loco?

—Peor aún —suspiró el fornido pelirrojo de corta estatura y anchas mandíbulas, atusándose sus largos bigotes de morsa, con aire pensativo. Los azules ojos brillaron, inquietos, en el rostro del recio escudero—. El Cruzado Negro es un hombre maldito. Su vida estuvo en manos de su amo y. señor, el monarca hechicero Roaluk

Kahn.

—Roaluk Kahn... —se estremeció levemente el cuerpo musculoso, tenso y flexible como el arco potente que dispara la flecha—. Sí, lo recuerdo. Una vez, en Aurania, oí su voz viniendo de las nubes que se desgajaban en un temporal espantoso... Me amenazaba de muerte. Aceptaba su derrota, al perder el Escudo de Azur a mis manos. Pero me emplazaba para el futuro. No llegué a verle. Sólo su voz me llegó a mí. Estruendosa como el trueno, amenazadora como el rayo¹.

—Roaluk Kahn posee mágicos poderes, Aquilán —suspiró cansadamente su escudero, el fiel Tulak, hombre fornido y audaz, criado en Glaciria, las heladas tierras del Norte, y posteriormente unido a los rebeldes enigios que luchaban por la libertad de su pueblo contra las hordas invasoras de los hélidos—, Es amo de vidas y haciendas. Domina los poderes de la oscuridad. El Mal es su aliado fiel Kumak, el Cruzado Negro, tal vez actúa guiado por su pensamiento, como un simple autómatas humano, a distancia. Eso es lo peor de él: que tiene poco de humano, de sensible. Quizá nada. Es una máquina terrible de matar. Y exige que luches contra él.

—Puedo negarme, Tulak

—Claro que puedes hacerlo. Pero el deshonor caería sobre ti. Todo Enigia, y todas las tierras occidentales de Vultar, sentirían vergüenza de un caudillo tan cobarde que rehúsa enfrentarse al guerrero que le reta en público. Kumak ha plantado su estandarte su el centro de la gran plaza. Espera allí, quieto, en guardia, sin moverse apenas, como una estatua. Ya sabes lo que eso significa, Aquilán.

El joven rebelde afirmó despacio, con expresión sombría:

—Sí, lo sé. Es el reto. El desafío estúpido. La lucha mortal, sin sentido ni razón. Viejos prejuicios de un falso honor. EL mundo, mí mundo, Tulak, no puede seguir siendo siempre tan arcaico y tan salvaje como todo eso. Dicen los libros que en Titania la Grande.

—Aquilán, mi amigo, olvida tus viejos y amados libros y despierta. Titania la Grande fue un gran imperio y la mayor civilización que conocieron los tiempos Vultar era entonces un planeta de gentes avanzadas, inteligentes y cultas. Disponían de medios que nosotros sólo podemos intuir o adivinar. Todo eso se perdió en la Gran Catástrofe. La geología de Vultar, o acaso sus

armas excesivamente poderosas, acabaron con la gran civilización. Y hemos vuelto a la oscuridad, a lo primitivo. Los hombres luchan por salir de este clima de atraso y de ignorancia, pero no resulta fácil. Nada, salvo libros escritos por supervivientes agonizantes, profanos en las Ciencias de entonces, sobrevivió al caos. De esos libros, sólo algunos volúmenes filosóficos, religiosos o populares, se salvaron en parte. Leemos en ellos, y queremos entender lo que no está a nuestro alcance. Quizá un día volvamos a ser grandes, pero ahora hemos de vivir conforme a las leyes actuales. Y en ellas, el honor es algo importante. Sobre todo, para un ser en quien los enigmas ven a un hijo de los dioses. ¿Qué sucedería con los rebeldes, si su caudillo demostrase temor o desprecio a la lucha?

—¿Y qué sucederá si muero estúpidamente ante ese ser que sólo vive para matar?

—El mito quizá se resquebraje pero algo quedará de ti. Lucharán por tu recuerdo. Vale la pena correr el riesgo, Aquilán.

—¿Y si yo le mato a él? ¿Qué habré ganado?

—La vida. Y la admiración de todos, amigos y enemigos. El miedo hará presa incluso en los brujos que te odian, desde que te atreviste a llegar a la Ciudad Mágica de Ingaz y apoderarte del Escudo de Azur, desafiando a los poderes de las Sombras. Será algo grande, estoy seguro de ello, Aquilán.

—Habré matado a un hombre contra el que nada tengo...

—Pero que lleva en su conciencia, si es que la tuviera, docenas, centenares de muertos Kumak es despiadado, feroz hasta parecer una bestia ávida de sangre. Si vas a luchar, guárdate de él. En su mente, en sus ojos, en sus gestos, sólo leerás el deseo de matar, matar siempre.

—Un agradable enemigo —suspiró el joven Aquilán. Se irguió finalmente, y sus poderosos músculos se hincharon como moles de piedra viva—. Está bien, Tulak Avisa a ese negro asesino enviado por la magia de Roaluk Kahn, Lucharé con él en la plaza pública.

—Los dioses te protejan y premien tu valor y generosidad, amigo mío. —La maciza mano de Tulak golpeó cordial, fuertemente, el hombro de su camarada—. Voy inmediatamente a informar al Cruzado Negro y a todo el pueblo de Rehm. Será algo digno de ver...

—E indigno en su final, sea cual sea la víctima o el vencedor...

—musitó amargamente Aquilán, con sus ojos de acero helado fijos en un punto inconcreto del vacío.

* * *

El azul sol de Xaal brillaba esplendoroso, en el mediodía de Vultar, sobre la amplia plaza de la ciudad enigía de Rehm, circular como la arena de un circo de luchadores profesionales, allá en Moktia o en Masina, países donde tan bárbaros juegos eran practicados asiduamente.

El asesino estaba en medio de la plaza. Esperando, ante su estandarte clavado en el duro suelo pedregoso.

Era un auténtico titán. Tan gigantesco como el propio Aquilán, Más ancho, quizá, o sólo era un efecto de su tremenda armadura de negro metal, sobre el que aparecía la cruz de seis brazos, rematados en otras tantas calaveras. Sobre su cabeza, un casco hermético, laminado, de negro centelleo acerado, completaba su indumentaria, junto con los guanteletes perfectamente articulados, al igual que sus perneras.

Era una maciza forma de metal, negra y siniestra como la propia muerte. Su rostro, poco visible bajo la peladura de su casco, era una fea, amorfa y rígida máscara blanca, tan pálido e inexpresivo era. Facciones oblicuas, gesto de frialdad suprema. La vida y la muerte parecían importar poco a Kumak, el Cruzado Negro.

Había nacido para matar, y cumplía ese rito brutal implacablemente. En realidad, Tulak tuvo razón. Era un mecanismo en marcha; un rodillo mortífero y aniquilador, por el simple hecho de destruir, de derramar sangre y exterminar vidas.

En la puerta de su vivienda apareció Aquilán, al alzarse la cortina de la misma.

Hubo un tenso murmullo de inquietud en las gentes arracimadas en callejas afluentes, en puertas y ventanas. El sol azul destelló, más azul todavía, sobre la superficie convexa del gran Escudo de Azur que cubría el cuerpo del enigio, sujeto por su fuerte brazo zurdo. La plateada forma del águila bicéfala, sobre el campo de azur del escudo mágico, centelleó, haciendo brillar todavía con mayor fuerza siniestra la negrura pulimentada de la coraza tremenda del Cruzado.

Ambos hombres se midieron a distancia. En el brazo musculoso, recio y potente del joven enigio, se agitaba su espada formidable, de

doble filo, como única arma frente a la coriácea resistencia del monstruo humano que aguardaba, a pie firme, el momento del embate a muerte.

Un silencio impresionante se hizo en la plaza pública. El duelo iba a comenzar.

Bran dos colosos, dos titanes midiéndose con la mirada, seguros ambos de que podían ganar al contrario, sólo a costa de un tremendo esfuerzo físico, ele un derroche de fuerza, poder, astucia, reflejos, rapidez, inteligencia y combatividad. Quizá, también, de suerte.

Aquilán, el joven y rubio guerrero enigma, el poderoso, atlético gladiador de piel bronceada y cabellos de oro, presentía en aquella pugna algo extraño e inquietante. El reto en sí la siniestra fama de aquel luchador implacable, y su propia presencia física, parecían formar una rara aureola casi sobrenatural en torno al temible adversario que le había tocado en suerte.

Kumak era una auténtica máquina de matar, al servicio de la magia diabólica de Roaluk Kahn, pero... ¿era eso todo? Algo le decía a Aquilán que había en todo ello un factor desconocido, un elemento ignorado por él y que, sin embargo, prestaba a la pugna que iba a iniciarse en la plaza pública de Rehm un aire de enfrentamiento con misteriosas fuerzas no sospechadas, con un poder situado más allá del puramente humano.

El Cruzado Negro avanzó. Dio unos pasos rígidos hasta su estandarte, clavado en tierra. Una poderosa mano cubierta por flacas de negro metal articulado aferró su mango y tiró de él.

La bandera negra, con la cruz de seis brazos rematada por otras tantas calaveras, ondeó al aire. Al extremo del asta brilló fulgurante una punta de acero larga, estriada, tan afilada y penetrante como una daga, tan peligrosa y demoledora como una espada.

Aquilán esperó a pie firme. No hubo siquiera un cruce de palabras con el luchador llegado de Aurania. Este sabía que, al aparecer él con su escudo y sus armas, aceptaba tácitamente la pelea. El resto estaba aceptado, y eso era lo único que parecía importar a Kumak, al devastador.

Raudo, su brazo se disparó, en una flexión digna de la más tensa y vibrante ballesta del mundo. El estandarte, convertido en un enorme dardo, de insospechada velocidad y certeza, voló hacia

Aquilán, sibilante, poderoso, capaz de perforarle de lado a lado.

A tan rápida acción hubo de responder Aquilán con otra de su propio brazo, igualmente vertiginosa y precisa: levantó el escudo, de azul centelleante, y contra él, por sólo décimas de segundo, fue a estrellarse el estandarte, con un áspero maullido de acero, que levantó chispas sobre el campo de azur en que destacaba la figura bicéfala.

Hubo un profundo suspiro de alivio en todos los presentes, cuando su paladín se libró así de lo que era un rápido, imprevisible y casi traicionero ataque del temido gladiador de negra coraza y negra armadura.

El joven luchador enigmo empezó, a sonreír con su rostro curtido, viril, crispado por la virulencia del primer acoso, tras el escudo de míticos poderes con que se protegía. Pero su sonrisa se heló en sus labios.

El estandarte negro, rematado en aguda y taladrante púa estriada, apenas tocó el escudo azul, con el sonoro rebote metálico... ¡giró sobre sí mismo, como si estuviera vivo, y regresó, sibilante, describiendo igual trayectoria en: su regreso que en su partida..., para terminar de nuevo en la recia mano blindada del guerrero negro!

Un clamor de estupefacción acogió el hecho en toda la sala. Aquilán se limitó a pestañear, sorprendido, entornando sus ojos centelleantes, fijos en su adversario.

Ignoraba si aquello era magia o no, pero en buena lógica, ningún arma arrojada por un hombre podía volver a sus manos cuando fallaba el golpe proyectado. Cuando menos, Aquilán no Había visto ninguna, aunque algunos bardos hablaban de «ángulos metálicos» que ciertos guerreros de las lejanas islas del Archipiélago Fantasma, perdido en el Mar Tenebroso, utilizaban en sus luchas, lanzándolo y recuperándolo, al parecer, por un principio de mecánica natural, que no estaba, pese a todo, demasiado claro para tales bardos o cantores de gestas ajenas².

Pero en el caso del estandarte de Kumak, no había ley natural alguna que explicase tal retorno a manos de su propietario, y eso era lo que preocupaba a Aquilán. El no era un ignorante o un supersticioso, como la mayoría de los ciudadanos de su época, en tocio Vultar, puesto que sus protectores y educadores, los monjes, le

habían dado unos estudios basados en los viejos documentos y libros de la gran civilización de Titania, la Grande, aquella que desapareció, vencida por los enormes trastornos geológicos..., o por algo peor, nunca demasiado aclarado ni explicado, y en lo que quizá los mismos hombres no fueron inocentes del todo. Y él, pese, a todo, sabía que un estandarte, una lanza o una espada, no se movía a voluntad de su dueño..., a menos que hubiera por medio hechicerías insospechadas, cuestiones de una magia en la que los humanos de Vultar, nuevamente, se habían hecho expertos, tras el fracaso y hundimiento de aquella hipotética tecnología perdida con la propia Titania, su creadora.

Lo cierto es que el temible Kumak volvía de nuevo al ataque ahora. Y su estandarte, en las manos de negro metal del Cruzado Negro, era otra vez un arma respetable, de gran longitud y contundencia, sobre todo manejada por un guerrero experto en ello.

Ni un sonido, ni una voz, ni un simple comentario o una respiración sibilante, le llegó a Aquilán desde detrás del negro yelmo y la celada sombría de Kumak, mientras el enemigo se aproximaba a él.

Era igual que enfrentarse a una máquina, a un ser mudo e insensible, a un ente deshumanizado que sólo entendía de muerte...

De súbito, otra vez, sin previo aviso, el estandarte lanza saltó de los dedos, metalizados de Kumak, en dirección a su enemigo. Aquilán alzó el escudo, el fabuloso Escudó de Azur, robado de la Torre de los Muertos, allá en la misteriosa ciudad mágica de Ingaz, en Aurania.

El golpe pudo ser detenido. A fin de cuentas, aquel escudo prodigioso le hacía casi invulnerable, a poco que su propio físico respondiera a los embates del enemigo más poderoso. Pero Aquilán no había contado con la maligna intención de su antagonista, al producirse el segundo lanzamiento de aquella pesada, inmensa, puntiaguda jabalina que, en las manos titánicas del Cruzado, parecía ser un simple bambú sin peso alguno.

La temible lanza llevaba un efecto diabólico, una potencia extraña y calculada con matemática frialdad poco común. El impulso justo, esquinado, en oblicuo, para arrancar de brazos de Aquilán el Escudo de Azur y, a causa del choque, desprenderlo del brazo del enemigo, proyectándolo con energía lejos de su alcance

Aquilán quedó así inerme, con su espada en una mano, desnuda la otra, lo mismo que su cuerpo musculoso, desprovisto de corazas y armaduras, de yelmos y celadas. Con la piel brillando dorada al sol, sobre los manojos de músculos..., increíblemente débil ante el poderío coriáceo de aquella negra mole que ahora, triunfalmente, volvía a recuperar su lanza por segunda vez, tras el rebote poderoso, y se movía con la demoledora fuerza de una máquina de otros tiempos menos arcaicos, antes del caos de Titania, en dirección a su enemigo.

El rumor de asombro y pánico, en la plaza pública de Rehm, lo dijo todo bien claramente; la gente esperaba la muerte inmediata de su ídolo y guerrero a manos de aquella especie de montaña humana, pétrea y devastadora, capaz de arrollarlo todo a su paso.

Kumak iba a obtener una nueva víctima. Un hombre desnudo, sin protección ante sus armas, nada podía hacer frente a la humanidad terrorífica y siniestra del Cruzado.

Aquilán contemplaba con ojos dilatados a su enemigo, en su paulatina, inexorable aproximación. Intentar vencer al guerrero negro con su sola espada era tarea casi inalcanzable. El aún poseía el arma que él esperaba, haberle desviado definitivamente en principio, dejándole reducido solamente a su espada, y poseyendo él aquella preciada protección del Escudo de Azur, demasiado lejano ahora para soñar en recuperarlo antes de que el gladiador de la muerte le alcanzase de modo fatídico y definitivo, sin la menor dificultad.

Las pupilas del joven y rabio líder de la patriótica resistencia enigmática centelleaban como brasas, allá al fondo de su rostro bronceado, crispado, casi rabioso de impotencia. La púa de negro acero del estandarte enarbolado por la mano titánica del guerrero apuntaba directa a su pecho. En cuanto quisiera, lo ensartaría como a un simple corzo, abatiéndolo sin remedio.

Nada ni nadie en el mundo parecía capaz de salvar a Aquilán de su definitivo desastre.

Y eso, hasta él mismo parecía saberlo a ciencia cierta.

CAPITULO II

EL estandarte negro salió de la mano acorazada del Cruzado siniestro.

Fue directamente al torso sudoroso y potente de Aquilán. Hendería su corazón o sus pulmones, destrozando sin duda su vida misma, en un desgarró sangriento, feroz. Los ojos hundidos en la blanca máscara inexpresiva que era la faz del guerrero de Aurania, centelleaban como brasas incandescentes, ávidas de muerte, destrucción y sangre.

Un clamor de angustia y desesperada impotencia recorrió la plaza. Muchos rostros se ocultaron para no ver el desastre que les privaría de su líder amado. El elegido de los dioses, el joven llamado Hijo de las Divinidades de Xaal, iba a morir. El grito de rebeldía enigma quedaría roto, estrangulado en su propia garganta...

Tulak, el fornido y pelirrojo escudero, amigo fiel de Aquilán, trató de evitar lo inevitable, en un sacrificio hermoso e inútil, despreciando totalmente el valor de su propia existencia.

Tulak se interpuso en la trayectoria de muerte, a pecho descubierto, rompiendo así las normas estrictas y caballerescas de iodo duelo, enfurecido por la amenaza que se desplomaba sobre Aquilán, y también rabioso por las artes malignas que adivinara en el modo de luchar de aquel hombre acorazado, que jamás perdía su arma más temible: el estandarte jabalina.

—¡No, Tulak! —Rugió Aquilán, furioso por su intromisión, que era quebrantamiento de reglas inviolables de caballeridad y nobleza en la pugna—. ¡Eso, no!

Y Aquilán, ante el asombro de todos, tuvo energías para todo: para apartar a su fiel escudero de la pugna y para evitar el golpe mortal sobre su propia carne.

Nadie supo en principio cómo pudo hacerlo. Lo cierto es que su cuerpo y sus brazos se volvieron repentinamente un torbellino de músculos en acción vertiginosa. En simples fracciones increíbles de segundo, aquellas manos macizas, nervudas y titánicas, impulsaron al buen Tulak fuera del cerco de combate, con un empujón vigoroso, que hizo dar volteretas casi cómicas al fornido pelirrojo.

Luego..., aquella figura elástica, que parecía volar en el aire, tal era su agilidad, su alado alarde físico, se precipitó sobre el dardo de acero que venía sobre él, anticipándose, a todo posible choque.

Sus brazos, moviéndose en remolino poderoso, ejerciendo sobre sus músculos de titán un impulso veloz y rabioso, actuaron como aspas de metal ante el cuerpo, en una décima de segundo realmente dramática.

El largo, negro dardo disparado por la mano de Kumak, desgarró su piel, sus músculos. La sangre brotó, escarlata y viva, de los desgarrones bruscos en muñecas y bíceps del joven guerrero. Los dedos chorrearon también un carmesí violento, burbujeante, cuando los dedos, sin importarles los desgarros y heridas de las estrías afiladas de la púa final, se cerraron en torno a aquella punta demoledora, sujetándola rabiosa, exasperadamente.

El arma mágica vibró en sus manos, tras los desgarros sangrientos, Pugnó, movida por una extraña fuerza misteriosa, por eludir la presión de las manos de Aquilán, y volar de nuevo a las de su amo y señor.

Fracasó el estandarte. No le fue posible huir de la mano de Aquilán. Este aferró el estandarte negro, y aulló triunfalmente, precipitándose sobre su enemigo. El Cruzado Negro, tras una breve vacilación, producida sin duda por el estupor, ante el fracaso del arma mágica, se precipitó sobre Aquilán, desenvainando una negra espada sin brillo, cuyos filos y punta parecían; sin embargo, afiladas hasta lo indecible.

El enigmo quebró el estandarte en pedazos, entre sus dedos ensangrentados, desollados por el arma diabólica. Los fragmentos, al caer a sus pies, no tenían ya movimiento de retroceso alguno: habían perdido su aparente magia anterior.

Pero ya el Cruzado Negro se precipitaba,, como mole siniestra, lúgubre y demoníaca, sobre su rubio antagonista desnudo. El sol azul de Xaal brillaba de forma desvaída en aquel metal negro,

maligno.

Aquilán no temía ya la lucha cuerpo a cuerpo, ni siquiera con una mole deshumanizada como aquélla. Sencillamente, eludió el impacto dirigido mortalmente con la negra espada hacia su cuello. De haberle alcanzado, sin duda alguna, le hubiera degollado de modo brutal en principio, para luego remachar el tajo de oreja a oreja con una total decapitación.

Pero el Cruzado Negro fracasó en su mortal empeño. Y entonces, durante una fugacísima fracción de segundo, Aquilán tuvo en su mano y en su propia y poderosa espada la posibilidad del contragolpe decisivo, inapelable.

Y lo llevó a cabo.

De fracasar,, sabía también lo que hubiera significado: su propio desastre, sin duda alguna, puesto que Kumak hubiera podido revolverse, atacándole en un momento en que se hallaba inerme ante su poderío bélico, realmente devastador.

Pero el enigio no fracasó.

Su espada logró penetrar, con un chirrido metálico, justo por la rendija, entre su yelmo y su celada, en el negro encierro de metal que envolvía la cabeza de la centelleante hoja de acero penetró hasta el fondo en la masa blanca e inexpresiva que era el rostro del Cruzado Negro. Se hincó él hasta casi la empuñadura.

Un grito horrible, ronce a inhumano brete del interior de aquella celada. Para sorpresa y horror de Aquilán, la espada pareció hundirse en una pella de blanda manteca, tal era la pastosidad de acuella cara blanca en la que hería, sin hallar siquiera hueso alguno.

Kumak cayó hacia atrás, con la espada hincada en su cabeza. Un silencioso estupor invadió la plaza circular de Rehm, la ciudad natal de Aquilán, Su héroe, en pie, vibrantes aún sus músculos al sol, contemplaba a su víctima, todavía aturdido, erguido en medio de lo que, por unos instantes, fuese arena de gladiadores.

Luego, un clamor general acogió su victoria indiscutible y heroica., El populacho, entusiasmado por el alarde de su líder, corrió hacia él, rodeándole triunfante, clamoroso.

Sin embargo, Aquilán, todavía, contemplaba con ojos asombrados a su víctima, inerte el coriáceo corpachón negro en medio de la plaza, emergiendo de su cabeza la extremidad de la

espada, sin entender algo de lo sucedido.

—Por los dioses, ¿qué sucede con él? —jadeó, sorprendido, apoyando una rodilla en tierra y cesen tendiéndose de los que corrían hacia él para vitorearle—. Juraría que *no era humano*...

Alzó el yelmo, le quitó la celada... y comprobó, horrorizado, que, ciertamente, Kumak, el Cruzado Negro, el asesino mecánico de Roaluk Kahn..., no era humano.

—No, no es humano. Vedlo.

Lo contemplaron. Todos los presentes, con Tulak el primero. Retrocedió con ojos desorbitados, casi erizados sus cabellos, de un rojo rabioso.

—Por los dioses... —gimió—. Es obra del diablo, sin duda.

—No sé si es obra del diablo, pero sí que lo es de Roaluk Kahn —suspiró Aquilán, con tono brusco. Estudió al ser que yacía sobre las pieles de unicornios rayados de gris y azul, en la amplia tienda adonde fuera conducido tras el fin de la lucha—. De todos modos, olvidad supersticiones y terrores ridículos. Ha de tener una explicación.

—No todo tiene explicación en este mundo, Aquilán —se quejó Tulak, nervioso.

—No, no todo —convino el joven enigmo—. Yo mismo he vivido horrores sin cuento, en un largo viaje hacia Aurania. Y he conocido formas de vida inconcebibles. Y he presenciado actos de poderes ocultos que hubieran aterrorizado a seres cien veces más curtidos que yo en la lucha contra lo sobrenatural. Sin embargo..., no siempre la magia ola hechicería lo justifican todo, Tulak. Existen medios que otros hombres, más inteligentes o poderosos, más perfectos conocedores de ciertas ciencias que en nuestro arcaico mundo actual se ignoran/ saben manejar a su voluntad, creando medios de poder, elementos de triunfo ante los demás. Eso podría explicar la existencia de alguien como... como Kumak, el Cruzado Negro. Tú mismo lo dijiste antes, ¿recuerdas? No parecía humano. Era... cómo una máquina de matar. Y ahí tienes la explicación: es una máquina. Una diabólica máquina destructora, creada para el asesinato y el horror.

Y era cierto.

Kumak había sido una máquina. Ahora era solamente un mecanismo destrozado por la espada de Aquilán.

El rostro...,el rostro era sólo una repugnante masa fofa, gelatinosa, derretida tras el impacto de la espada en su superficie de máscara sin expresión, blancuzca y cruel. Detrás de aquella capa disuelta de materia artificial... se veían extraños engranajes, mecanismos desconocidos incluso para Aquilán y sus ciencias aprendidas de los libros del Monasterio de sus amigos y educadores, los monjes de la orden del Hermano Wadai, escritor de profecías y recopilador de viejas historias de otros tiempos.

Dentro del cuerpo mecánico, rígido, y ya sin soplo alguno de misteriosa vida mecánica, como un simple reloj parado al romperse sus engranajes, bajo la coraza y la armadura negras, se adivinaba la presencia de nuevos mecanismos y circuitos enigmáticos, insolubles para la escasa ciencia de Aquilán, aunque no así para su inteligencia e imaginación, que concebían una Ciencia especial en manos de Roaluk Kahn. Una ciencia que no era ocultismo ni brujería, sino el poder sobre determinadas fuerzas naturales, puestas al servicio de unos conocimientos profundos, heredados acaso de antiguos documentos que sobrevivieron a tiempos de avanzada tecnología, ahora ignorada.

—Era un muñeco —suspiró Aquilán con acritud—. Sólo eso, Tulak amigo: un muñeco complicado y perfecto, una maravilla de cierta ingeniería que nosotros desconocemos. Mi espada hirió algún engranaje sensible, acaso un centro de actividad, como el péndulo o la cuerda del reloj, actual..., y eso terminó con su existencia deshumanizada. Por eso triunfaba en todas sus pugnas a muerte. Por eso nunca tenía piedad. Ignoraba lo que era la compasión, del mismo modo que ignoraba el miedo a la angustia, el dolor o la alegría. Era... un objeto, un juguete nefasto y maligno como pocos, amigo mío..., creado por algún genio de la mecánica. Y con Roaluk Kahn y su inteligencia de ser superior, detrás de todo ello, como la mayor de todas las amenazas...

—Un muñeco... —suspiró Tulak, sacudiendo ja cabeza con estupor, aún fija su mirada en el cuerpo rígido y sin vida—. Cielos, qué extraños poderes los que ignoramos nosotros, los pobres seres de Vultar...

—Alguna vez, otros seres como tú y como yo los conocimos a fondo... y se destruyeron a sí mismos, inexorablemente —sentenció con lentitud Aquilán, perdida su mirada centelleante en la distancia

—. Tal vez valga más vivir así, en cierta compasiva ignorancia..., que pretender ir demasiado lejos.

Tulak no comentó nada, abstraído aún delante de aquella figura inerte, mecánica, producto de algo que no entendía demasiado bien. Aquilán, entretanto, se encaminaba a la salida de la tienda donde yacía el cuerpo de su vencido enemigo. Entre sus manos llevaba fragmentos de aquel estandarte cuya asta era, realmente, una jabalina mortífera, rematada en aguzada punta de acero.

Dentro de aquellas astillas quebradas por su mano durante la lucha aparecían quebrados delgados hilos rematados en pequeñas piezas metálicas que Aquilán no conocía ni entendía, pero que le parecían partes de un posible circuito. Una remota palabra, mencionada en algunos tratados de otros tiempos anteriores al fin de Titania la Grande, le evocó fugazmente el posible sentido y, razón de todo aquello que, durante el duelo con Kumak, no había llegado a comprender claramente: «electricidad». Y algunos de sus derivados más enigmáticos para la mente actual, sólo adaptada a arcaicos procedimientos técnicos: «electrónica», por ejemplo...

Un arma especial, pensó para sí Aquilán. Un arma de otra dimensión técnica, lograda a través de algunos conocimientos que el resto de los mortales de Vultar no dominaban. La presunta magia de Roaluk Kahn no siempre era «magia»...

Guardó todo ello en la bolsa de piel de *cuyak*, fiero pero útil animal de las estepas, cuyas pieles utilizaban habitualmente los guerreros de Enigia, y caminó a través de las calles, de regreso a su propia vivienda, agradeciendo con distraída sonrisa las felicitaciones y palmetazos cordiales de sus conciudadanos de Rehm. El sabía que su triunfo había sido enteramente casual, aunque duro y trabajoso. Le preocupaban muchas cosas en ese momento y, en especial, esa nueva, y sorprendente forma de hechicería del rey brujo de Aurania. Nunca había imaginado que Roaluk Kahn fuese un mago de semejante especie. Por su viaje a Ingaz, la ciudad mágica de Aurania, Rabia sacado la conclusión de que, tacto su Escudo de Azur, corno su fantástico «Ojo Sangriento del Guerrero Inmortal», arrancado a la propia Muerta en una cripta alucinante de la Torre de los Muertos, no podían ser obra de tecnicismo alguno ¿cú! pasado o de un futuro nuevamente tecnológico, como lo fueran los tiempos pretéritos de la súper

civilización titánica, la de la desaparecida Titania, extinguida por un caos geológico... o por una guerra con armas demasiado demoledoras para el género humano de Vultar.

—No sé... —musitó entre dientes, preocupado—. Yo me pregunto: ¿era realmente un enviado de Roaluk Kahn ese monstruo mecánico de negra armadura... o hay *algo más* detrás de todo ello que yo no alcanzo a entender, aunque ello tenga alguna relación con Aurania y su monarca hechicero?

Aquilán tal ve?, nunca hubiera tenido respuesta a esas preguntas. Pero en ese momento, casi simultáneamente, tuvo dos, y ambas muy diferentes entre sí, aunque ligadas por el simple factor tiempo, cuando el azul sol de Xaal descendía hacia el horizonte, en un fantástico crepúsculo de destellos azules y dorados.

La primera sorpresa se la proporcionó el pregonero, al aparecer en la plaza central de Rehm, haciendo redoblar su enorme tambor de pieles de *scaj* rojo, que vibraban bajo el golpeteo de su mazo.

Un doble clarín, emitido por dos soldados de Hélide, a la cabeza de una escuadra de las tropas invasoras que gobernaban Enigia, subrayó la llamada del pregonero, cuya voz se extendió por la amplitud, al desplegar al pergamino de amarillento papel de *anak* salvaje:

—«Edicto oficial al pueblo de Rehm: Por las autoridades militares de Su Graciosa Majestad, el Rey Vosgo, de Hélide, gobernador real dé los territorios ocupados. de Enigia, se hace saber a su pueblo que, conforme dicta la Ley de Ocupación, todo ciudadano erigió está obligado a prestar su leal cooperación y entusiasta apoye a la Princesa Ártika, de Glaciria, que en su viaje hacia Hélide, al cruzar territorios enigios, recibirá toda clase de vasallaje y muestras de afecto por parte del pueblo enigio, puesto que la princesa Artika emprende este viaje a través de Enigia para ser la esposa de nuestro amado Rey Vosgo, que celebrara sus nupcias reales dentro de tres meses, en Ciudad Nauta, capital de Hélide. Se advierte, muy severamente, que cualquier acción ofensiva o injuriosa contra la real invitada, durante su permanencia en territorio enigio, reportará graves sanciones a sus autores que puedes llegar, incluso, hasta la prisión por numerosos años, o bien la pena capital, si la princesa Artika sufriera algún daño, o sus acompañantes fuesen víctimas de ataque armado por parte de algún

elemento subversivo enigio, fuesen cuales fueren las circunstancias en que ello sucediera. Pero nuestro amado rey espera, por el bien de todos, y por la dignidad del pueblo enigio, que este tránsito de su futura reina, por tierras de Enigia, sólo plácemes y calurosos saludos de amistad y afecto podrán recibir.»

Siguió algo rutinario, como lo era la fecha y firma del Rey Vosgo, pero todo eso fue coreado por silbidos y denuestos populares que ahogaron su voz, y obligó a la escuadra armada a desplegarse, amenazadora, por tocia la plaza circular. Sin embargo, ello no redujo las protestas del pueblo enigio, que siguió manifestándose hostilmente al edicto real de Vosgo de Hélide, el tirano invasor de Enigia.

Los soldados llegaron a golpear a algunas mujeres y niños, y eso provocó airados insultos y voces de injurias contra el Rey Vosgo. Pero Aquilán, agarrotado por su propia responsabilidad como líder de aquella resistencia latente en todo Enigia, se tuvo que contener, no intervenir en acción alguna, porque nada reportaba enfrentarse por la violencia a un simple pregonero enigio y a un puñado de soldados hélidos.

Sin embargo, cuando uno de los niños rodó por el suelo, con la nariz ensangrentada, Aquilán ya no pudo otro. Los mitos pueden producir milagros. La libertad de Enigia, en el futuro, sería uno de esos milagros, estoy seguro, —También yo, amigo Zuvic.

—Entonces, no se hable más. Decidme, Aquilán: ¿sabéis dónde puedo alojarme, donde haya comida sana y abundante, bebida agradable y un lecho cómodo donde reposar, sin demasiado gasto por todo ello? Mis bienes materiales son escasos, aunque mí fe sea mucha...

—Hay un sitio: mi propia casa, amigo.

—No, gracias —rechazó el peregrino, sacudiendo su cabeza, cubierta por la puntiaguda caperuza parda—. No rechazo tu hospitalidad, pero no la aceptaré tampoco, Y no te ofendas por ello, aunque seas enigio.

—Veo que conoces a los enigios. ¿Por qué no aceptas mi hospitalidad, Zuvic?

—Porque no sería conveniente para ninguno. Tú eres peligroso. Los peregrinos somos mal mirados por el Rey Vosgo y sus gentes. Sería mala cosa que, además, un líder rebelde me acogiera en su

hogar. Por otro lado no te convengo mucho tampoco.

—Me gustaría saber la razón.

—Es muy simple: me han visto por aquí. Saben que soy un peregrino. Pero pueden sospechar algo diferente. Y mucho peor. Por ejemplo, que bajo mi hábito se esconde un espía, un miembro del llamado Grupo de Rebeldes Negros de Enigia.

—Los Rebeldes Negros... —asintió Aquilán, sombrío, frunciendo el ceño. Sus ojos centellearon seriamente—. Oí hablar de ellos a veces. Son unos juramentados, unos fanáticos. Asesinan y destruyen en nombre de la libertad de Enigia. El crimen y el expolio no son el camino ideal para ninguna libertad, creo yo.

—Por supuesto. Pero ellos lo creen... o pretenden hacerlo creer a los demás. Son extremistas, gente radical... Esa acción nunca ha sido buena en política. Especialmente, si se utiliza para ello la excusa de los principios morales a ultranza. Es un simple pretexto para justificar lo injustificable: el crimen, por ejemplo.

Así son los Rebeldes Negros. Usan ropas negras, utilizan un emblema de fe y alegan razones éticas, morales y sociales, como si eso explicara sus matanzas y sus excesos, en nombre de una libertad utópica. Supongo que nuestra, extinta historia conoce acciones similares, movimientos parecidos, que murieron con nuestros supercivilizados antecesores, Aquilán. No, no valió la pena todo eso, créeme. Pero aún sobreviven esos *ultras* abominables. En toda civilización sobrevivieron, para mal de los demás. No sería raro que me confundieran con ellos,, sin embargo. Á veces usaron hábitos como los míos. Créeme, Aquilán: por tu bien y el mío... es mejor esto. Yo iré por mi lado. Tú, ve por el tuyo, muchacho. Sólo te pedí consejo. Un sitio barato donde pernoctar y reponer fuerzas...

—Hay muchos en Rehm —rió huecamente el joven luchador—. Pero la mayoría no encajarían en tu fe y en tus principios, amigo Zuvic. Son antros de perdición, llenos de borrachos, rufianes... o meretrices hermosas pero despreciables. Si quieres uno tranquilo, la comida no será buena, y la cerveza resultará agria, o el vino flojo. Pero la cama será aceptable, y el precio tirado.

—Eso valdrá. ¿Su nombre?

—El figón está al final de Rehm, en el Suburbio Sur. Se llama el Blasón Púrpura. Di que te envía Aquilán. Allí sólo conocen al hombre de Enigia, no al luchador. Te tratarán bien.

—Gracias,, amigo. El Blasón Púrpura... No lo olvidaré...

El penitente Zuvic agitó su mano en un gesto. Se alejó, encorvado, camino del sur. Ya el sol azul dé Xaal se había puesto. Pronto asomarían por el horizonte estrellado los dos satélites de la noche que iluminaban el firmamento oscuro de Vultar, tiñéndolo de matices plateados o rosados: Zeos e Iktan, sus dos lunas de la noche...

Aquilán le vio perderse en la distancia. Sabía que cualquier persona podía ser su enemigo mortal o su amigo inesperado. No hubiera podido afirmar o negar nada sobre eiperegrino, pero cuando menos, algo había evitado: su captura o su muerte cierta, a manos de la escuadra de enfurecidos soldados de Héliide, azuzados por el populacho rebelde de Rehm.

—Ese hombre... —musitó para sí—. No le había visto antes en la plaza... Es como si hubiera surgido de la nada. Pero, cuando menos, me evitó problemas graves...

En aquel momento llegó la segunda respuesta a sus anteriores dudas. La primera, sin él saberlo, había sido un simple pregón real, emitido entre la hostilidad, general. Pero él no podía saberlo.

La segunda respuesta, aunque lo ignoró también entonces, le llegó poco más tarde, y también entre el populacho, en la penumbra del anochecer, que las luces de manteca porcina o de grasa de *vokk* difícilmente podían disolver en las hornacinas callejeras y en las puertas y ventanas de hogares o establecimientos nocturnos.

Él roce fue brusco y violento. Casi le lanzó contra un muro. Una voz jadeó en la sombra con tono áspero, apagado:

—Me persiguen... Mi vida vale poco ya... Por los dioses, os necesito...

—¿Eh? —Masculló Aquilán, asombrado, tratando de revolverse hacia el desconocido—. ¿Qué significa...?

—Callad. Fingid no ver ni notar nada —la voz era difusa, temblorosa incluso, y en la sombra, dificultosamente, el sorprendido Aquilán adivinó, tratando de desenvolverse de los pliegues de su capa púrpura, más que vio, la figura encorvada de un hombre envuelto en un manto negro, de cuya mano cayó algo entre sus brazos y los pliegues de, su capa, antes de que el desconocido, huyendo y mezclándose con la multitud de personas que le rodeaban, terminase por hablar—: Si algo me ocurre, seguid el

camino que os dicte vuestra conciencia. Sí no... me podréis ver a medianoche... en el parador de Las Dos Ninfas... Es cosa de vida o muerte... ¡para todos, recordadlo, Aquilán!

Intentó detener al hombre. Vano empeño. Las callejas eran estrechas y oscuras, el suelo desigual, las gentes nutridas a tales horas. y los recovecos muchos. El desconocido se aprovechó cíe todo ello. Antes cíe que Aquilán pudiera localizarlo con cierto sentido de la orientación, se vio mezclado entre una masa de gentes que le saludaban sonrientes, gozosas de verle en su ciudad natal, tras la victoria gloriosa, sobre el monstruo mecánico de Roaluk Kahn.

Aquilán, rápido, devolvió sonrisas y parabienes, y se metió en un callejón sombrío, apartado de aquel bullicio irritante. Un reflejo amarillento, procedente* de un fa rol do aceite inmediato, le permitió advertir lo que el desconocido le dejara entre los pliegues de su capa, al evadirse de su alcance.

Era un saquito pequeño de piel, como los que contienen monedas. Incluso parecía que, realmente, contuviera piezas de precioso metal, pero Aquilán notó que eran de mayor tamaño que las de curso legal en toda Enigia y Hélide... y además, de forma octogonal, acuñación que ignoraba se hiciera en país vecino alguno.

Lo curioso es que el saquito aparecía cerrado herméticamente con una cinta de seda. Y precintado, además. Con un sello de lacre. Lacre verde. Intensamente verde, con el distintivo de una calavera por sello impreso...

* * *

—¿No lo abres?

—No, no lo abro.

—¿Por qué no, Aquilán?

—No sé. Podría hacerlo, sin tener que dar explicaciones a nadie. Pero hay algo que me detiene, Tulak... y no sé lo que es.

—Es una tontería. Sin duda el tipo no aparecerá. Será algún loco, evidentemente. Ese saquito contiene monedas...

—Sí. Monedas octogonales. ¿Conoces alguna en Enigia, Hélide, Moktai, Arburia o Nordal?

—Francamente... no. Hay unas monedas valiosas en Masina, la tierra de los mercaderes marineros, pero... son dodecagonales. Doce lados, en vez de ocho. Se acuña ahora moneda circular, gracias a las

nuevas máquinas. O polígonos de más de diez caras, pero no octógonos. No lo entiendo, pero pueden ser piezas históricas de gran valor...

—¿Y el sello verde?

—El sello... —se estremeció Tulak ante la pregunta de su jefe y amigo. Miró aprensivamente el saquito, depositado sobre la mesa, bajo la vela de grasa de *vokk*—. Bueno, sí... No resulta tranquilizador. Es... es una calavera...

—Es la Muerte —indicó Aquilán con sequedad.

—La Muerte... Sí, claro...

—¿Quién nos dice que no es todo un símbolo o una advertencia? Este saquito puede contener la muerte. ¿Por qué tentar a los dioses, rompiendo el lacre verde?

—Tal vez sea cierto, pero... ¿entonces, qué piensas Aquilán?

—Acudir a una cita. —¿Una cita? ¿Qué cita? —se inquietó su escudero.

—La del parador de Las Dos Ninfas.

—¡Las Dos Ninfas! —repitió Tulak, escandalizado—. ¿Te has vuelto loco? ¡Es un tugurio infecto, situado fuera de la ciudad, en el camino peor de todos los que conducen a la frontera de Nordal! El camino real de Atlas dista de allí casi veinte medidas terrenas, y...

—Conozco el lugar, Tulak, no te esfuerces en situarme —rió burlonamente Aquilán. Y está muy avanzada la; noche. Mi caballo *ryjk* me llevará en poco tiempo allá. No soy partidario de esos animales de piel rayada y doble cornamenta, pero son los caballos más rápidos y fuertes del país. Iré en uno de ellos al parador de Las Dos Ninfas.

—Las dos ninfas... son Dunia y Danae —le recordó secamente Tulak.

—Oh, sí, también sé eso —rió Aquilán—. Tenias: sus encantos físicos no van a hacer mella en mí. Cuando menos, hasta el punto de cegar *mi* instinto y domar mis músculos, puedes estar seguro, Tulak.

—Yo debería.: ir contigo, Aquilán. Esas, mujeres, cómo casi todas, son pérfidas, astutas y muy generosas en encantos...

—Claro que los son. Aunque hayan nacido mellizas, Dunia sacó la blancura rubia de su madre, y Danae la piel oscura, el pelo rizado y la sensualidad morena de su negro padre de Zambrya Meridional.

Ambas son gemelas..., pero de distinto color y atractivo. Iguales sus encantos físicos, sus senos espléndidos, su feminidad arrolladora, su falta de escrúpulos para conquistar a los hombres... Todo eso me lo conozco de memoria.

—Pero eres un guerrero ingenuo. Caerás en sus redes. Lo sé.

—Son hermosas y fáciles, —sonrió Aquilán—. Yo soy guerrero, aunque no ingenuo. Quizá me deje tender en sus redes, pero sin permitir que me envuelvan en ellas. Eso será todo... si es que mí misterioso comunicante no aparece a recuperar su bolsa de monedas, octogonales con lacre verde..., o para comunicarme, esa tremenda cuestión de vida o muerte de la que habló. Por esta vez, Tulak, te quedarás encasa. Y yo decidiré cuándo me acompañas en correrías: nocturnas..., entre ninfas fáciles de aprehender.

Ante el gesto de disgusto de Tulak Aquilán al terminar su frase, soltó, una larga y divertida carcajada.

CAPITULO III

AQUILÁN conocía la cita, del Hermano Isham, en el Libro de Reflexiones, considerado en el lejano Zorán como artículo y dogma de fe por sus adeptos. No estaba muy seguro de no pensar igual, pese a su escepticismo por las formas esotéricas de pensamiento del Oriente vultárico.

Una calavera humana...

Era el sello de verde lacre que cerraba, como un enigma pesado y absurdo, aquel pequeño bolso de piel que había mirado un momento antes, disimuladamente, y entre los pliegues de su oscura capa, mientras las pantorrillas y muslos de bronce y de ébano de dos hembras soberbias, lascivas y tentadoras, se movían ante él, a nivel de sus ojos, en el tablado de recias maderas del parador, en medio de la densa nube de humo azulado del tabaco de *vojay* bien curado, allá en las plantaciones meridionales.

!Ni la presencia de Dunia, la rubia, y Danae, su extraña hermana melliza negra, exhibiendo en el tablado sus exuberantes atractivos físicos y su endiablado sentido de la danza frenética, habían logrado apartar de su mente preocupada el recuerdo de la cita misteriosa en el parador, perdido en las negruras hoscas de un sendera secundario como era aquél, distante del camino real y, por tanto, poco frecuentado por gentes de buen vivir.

Para Aquilán, unos senos macizos, que vibraban con la danza, como esferas de nácar o de azabache, según su color, y unas caderas como ánforas magníficas y vivas de bronce y de ébano puro, cimbreadose golosas a menos de dos palmos de su faz sudorosa, en aquel ambiente viciado y denso, entre jarra y jarra de buena cerveza espumeante, no tenían mayor sentido que su puro valor material, físico, directo sobre los sentidos más primarios y, por

tanto, también más excitables, del ser humano.

El no era una excepción. Mi quería ser un ermitaño o un asceta. Le atraía toda mujer deseable. Dunia y Danae lo eran, en diferente sentido. La rubia de piel dorada, más espiritual sin duda. Danae, con su belleza oscura y sensual, más carnal y primaria para cualquier hombre. El perfecto equilibrio, se dijo cínicamente Aquilán, riendo burlón su propio sarcasmo interior, sería haber poseído una criatura viviente con los alicientes de ambas y sin ninguno de sus defectos posibles.

Exigía demasiado. Pero era pura teoría. Momentos más tarde, supo que era tan débil como los demás, cuando sonaba la hora del llamado «reposo del guerrero». Fue precisamente Danae, la morena belleza, pura sensualidad y atracción epidérmica, la que cayó sentada sobre sus fuertes piernas, y enroscó sus brazos mórbidos en torno a su cuello.

Se encontró besando una boca carnosa y sensual, que le prometía deleites inimaginables. Momentos después, se hallaba en una estancia cerrada, entre pieles multicolores y confortables, riñendo con Danae, la mestiza de ébano, la eterna batalla del amor...

—¿Ya te marchas, guerrero?

—Es la hora de la lucha, no del reposo. Y no. soy un guerrero —suspiró Aquilán, envolviéndose en su capa.

La hembra morena y dócil le contempló desde las pieles policromas, de exóticos animales de Arburia, la tierra de las junglas y los pantanos. Su cuerpo se enroscó, como una sierpe hermosa, de piel oscura y lustrosa.

—Si yo fuese Dunia, no te irías, guerrero —dijo, con un suspiro—. Ella es rubia, blanca y apetecible...

—Tú no eres rubia ni blanca, Danae. Pero me apetece —sonrió Aquilán—. Sólo que... esta noche no vine a reposar aquí, sino a ver a un amigo.

—¿Un amigo? ¿Quién?

—No le conozco bien. Tal vez tú le hayas visto antes: lleva un manto oscuro, negro o azul marino, creo. No es alto. Y puede que lleve monedas raras. Octogonales, quizá.

—Nunca vi monedas octogonales —Danae se revolcó perezosamente en las pieles—. Olvídalo. Ven, amor...

—Otro día —rechazó Aquilán, negando con la rubia cabeza fieramente—. ¿Seguro que no lo viste?

—No sé. Ni me has dicho siquiera si era moreno o rubio, gordo o delgado.

—No le vi bien. Pero me citó en vuestro parador. Debe ser extranjero...

—¿Extranjero? Hay muchos aquí, y ninguno vale tanto como tú, joven enigio. Ven...

Aquilán cerró la puerta tras sí. Había salido a la amplia sala. Dunia, la rubia y escultural belleza nacarada de Dunia, bailaba sola ahora, brillante su semidesnudez de sudor. Ella le miró cuando bajaba la angosta escalera curva. Y él a ella. Hubo desafío en ambas miradas. A Dunia no le gustaba que viniera de la alcoba de Danae. Aquilán no hubiera sabido decir por qué. Pero intentó no mirar a Dunia. Recordaba las palabras de Tulak. Había ido allí a hablar con un extraño, no a dejarse envolver por las dos mellizas. El juego del amor podía ser en blanco y negro como el juego del ajedrez. Pero en otra ocasión. Era cerca de la medianoche.

Apenas deslizó sus ojos de las curvas sensuales y rotundas de Dunia, la rubia opulenta, cuando sus ojos se fijaron en una mano huesuda, extendida sobre una mesa de madera, jumo a su vaso de metal conteniendo vino negro, de *waakk*.

Aquilán se puso rígido, en guardia. Sobre el índice de aquel hombre, destacaba un anillo de metal plateado, con un sello verde. El sello ostentaba... una calavera.

—Es él... —musitó para sí, con una ojeada en torno que le reveló la total indiferencia de la gentuza allí presente, llenando a medias el figón, hacia la persona de la sortija con el verde sello de lúgubre motivo.

Caminó rápido hacia la mesa, larga y manchada de cerveza y vinos diversos. No había nadie salvo dos lugareños, rudos y sudorosos, medio ebrios, al final de la larga tabla. Se acomodó junto al individuo de manto oscuro, gorro azul marino y cabeza inclinada. Puso su mano junto a la de él.

—¿Buscáis a alguien en concreto, amigo? —preguntó Aquilán con voz tensa.

—Sí. A Aquilán de Enigia —sonó la voz sorda del otro, sin alzar la cabeza.

—Yo soy —habló él con firmeza—. ¿Y vos... quién sois? —Mi nombre es Grokko.

—Grokko... ¿De Enigia también?

—No. De Nordal.

—Nordal... ¿Venís de muy lejos?

—Mucho. Nordal es tierra grande, amplia. Vengo de más allá del río Sigrud. De la cadena montañosa de Véntica...

—¡Véntica! —exclamó roncamente Aquilán, sorprendido—. Es la frontera de Glaciria...

—Lo es. Muy lejos, ya os lo dije. La huida siempre conduce a lejanas tierras.

—¿Huida?

—La mía, Aquilán. Tengo miedo. Estoy asustado. Muy asustado. Tenía que veros.

—Miedo... ¿de qué? —sus ojos se fijaban en la mano huesuda, donde destacaba el verde anillo de piedra, con la calavera tallada—. No logro entenderos. Todo este misterio... Aquel saquito lacrado...

—¡Chist! ¡Callad, por favor! —sonó ronca la voz del otro—. Ese saquito... es la razón de todo.

—¿Estáis seguro? Creí que sólo contenía monedas...

—Oh, sí... Monedas... No, no podéis entenderme. Y, sin embargo, los Oráculos hablaron...

—¿Los Oráculos? —Indagó Aquilán, escéptico—. Nunca creí en Oráculos, Grokko...

—Yo, sí. Y los míos también. En Nordal creemos en Oráculos, sobre todo en el norte... Es la voz de los Dioses, repitiéndose en las Montañas Sagradas...

—Las montañas... —susurró Aquilán, pensativo—. Se dice que el río Sigrud es oscuro y misterioso entre la espesura nórdica... Y que las Montañas Vénticas ocultan el misterio de los dioses del norte... con sus voces proféticas...

—La profecía... Sí, Aquilán. Eso es: la voz profética de nuestros dioses... Eso me envió hasta aquí. Hasta vos mismo... Si alguien puede salvarnos... ese alguien tiene un nombre: Aquilán de Enigia...

—Estáis loco, Grokko. Yo no puedo salvar a nadie, ni siquiera a mi pueblo.

—Está escrito por los Oráculos, en el libro de las Montañas Vénticas —sentenció el misterioso Grokko, alzando de repente su

rostro hacia Aquilán—. Y entonces... ¡entonces dijeron que sólo vos podríais vencer al Dragón del Espacio, a Aquel Que Surge de la Niebla Plateada...!

—¿Á... *quién*? —masculló el joven y rubio enigma con enorme sorpresa.

—A... al ser que, en forma de dragón maldito, aparece procedente de los astros y... y... ¡Aquilán, yo sé... YO SE cuál es el gran secreto del Dragón y de su ciudad del Cosmos, maldito sea...!

Aquilán, perplejo todavía, observó al hombre enjuto, cetrino, de grandes y redondos ojos azules, casi incoloros, abierta su boca en un gesto de extrema tensión, de terror infinito hacia algo que, pese a decir conocerlo y entenderlo, tal vez le causaba un pavor cerval.

Su mano aferró el brazo de Aquilán, crispada, rabiosa casi, hasta hacerle incluso daño con la fuerza de sus dedos engarfiados.

—Acabemos —se impacientó el joven guerrero enigma ¿A qué diablos os referís, para ser exactos, Grokko? o entiendo una sola palabra de toda esa fantástica historia de que estáis hablando y que nunca, antes de ahora, escuché a persona alguna...

—Sois un privilegiado, creedme. Un elegido de los dioses, porque... porque nadie, hasta hoy reveló el secreto sagrado e inviolable de los Montes Vénticos, de la Bruma Plateada.,, ¡y del Dragón! Aquilán, la vida de todos, el futuro mismo de todo Vultar está en vuestras manos ahora... ¡Ayudadme y ayudaréis a vuestro pueblo y a todos los pueblos que existan! el Dragón... El secreto que yo conozco es... es...

En ese momento sucedieron dos cosas. Solamente dos, pero unidas entre sí con fantástica precisión inconcebible.

La primera de ellas fue que, de alguna parte, brotó un sonido sibilante... y una larga daga silenciosa, lanzada en forma increíblemente rápida y precisa, se hincó en el cuello del infortunado Grokko, ante los ojos mismos de Aquilán.

El desdichado emitió un ronco grito horrible, un alarido estremecedor, al tiempo que sus ojos se desorbitaban y de su boca escapaba, junto con el estertor mortal, una bocanada de sangre, procedente de su garganta, hendida por el tremendo filo de aquel cuchillo enorme, que aún vibraba sobre la herida, tras perforarle la tráquea con fuerza brutal.

Aquilán, rápido, se incorporó espada en mano, echando atrás su

capa, mientras Dunia, rubia y nacarada en su estrado, chillaba de pavor, al contemplar a sus pies la presencia del hombre agonizante que caía de bruces sobre la mesa, tiñendo ésta de rojo oscuro, con una indescriptible mezcla de vino espeso de *waakk* y de sangre escapando de sus venas.

Entonces ocurrió el segundo incidente mientras, atónito, Aquilán observaba que, el punto exacto de posible origen de aquella daga mortal era una pared lisa, sin aberturas ni persona alguna junto a ella, provista sólo de tres hornacinas naturales, en las que brillaban tres luces de sebo.

El hecho fue que, allá en el exterior, sonaron clarines agudos, estridentes, y redobles de cascos de caballos, posiblemente fuertes unicornios de Arburia o del sudeste de Erigía.

Y una voz clamó:

—¡Paso! ¡Paso al cortejo real de la princesa Artika, de Glaciria, en su camino hacia Héliide, para desposarse con el amado Rey Vosgo!...

* * *

No lejos de Aquilán, gritó un hombre, asustado ante la presencia del cadáver sangrante. Dunia corría lejos del estrado donde danzara hasta entonces, eludiendo la vecindad del muerto y su compañero. En la escalera angosta hacia la alcoba del altillo, asomaba la belleza morena de Danae, con expresión también de horror ante el suceso.

Algunos tipos bebían, sin advertir nada anormal en la cantina. Otros, horrorizados, retrocedían, alejándose de donde yacía Grokko. Aquilán miró en torno, preocupado, sin saber a ciencia cierta de dónde llegó el golpe mortífero al confidente misterioso. De proceder del lugar donde en buena lógica tenía que estar quien lanzó la espada sobre Grokko... el asesino sería invisible. Porque allí no había absolutamente nadie.

Afuera, el estruendo de caballería y armas, hacía suponer ya la presencia de la escolta regia, a las puertas mismas del parador. Y, dada la hora de la noche, no podía resultar extraño que hicieran un alto allí para descansar, aunque Aquilán no podía entender que se hallaran princesa y escolta tan alejados del sendero real que, en buena lógica, debía de ser su trayecto.

Puesto en pie, el joven enigmo se apartó igualmente de Grokko, por quien difícilmente podía hacer ya nada. Sus ojos se clavaron en

la crispada mano del difunto, aferrada como una garra a las tablas viejas y sucias de la larga mesa.

En ella, destacaba el anillo con el verde sello reproduciendo la misma calavera del lacre de aquel bolso que aún conservaba consigo. Aquilán, rápido, estiró sus dedos y tomó el anillo de la mano del hombre muerto. Tiró hacia sí, arrancándolo del dedo inerte, y lo ocultó rápido en los pliegues de su capa, al tiempo que se alejaba hacia la salida del figón.

Una de las mellizas, la rubia Dunia, le señaló inesperadamente, cuando ya los hombres armados, de esplendorosas armaduras y amplias capas rojas, que constituían la escolta de la princesa, asomaban en la entrada, disponiéndose a invadir el parador.

—¡Asesino! —Gritó la danzarina de cabellos dorados y piel de nácar—. ¡Asesino! ¡Mató a un hombre, yo lo vi! ¡Estoy segura de ello! ¡Le clavó la espada en el cuello mientras discutían ambos!

Era mentira, por supuesto, pero para el oficial nórdico y los soldados recién venidos, aquello tenía todas las trazas de sonar a pura verdad, dada la escena. Sus ojos fueron, en buena lógica, de las hermosuras, corporales de la rubia danzarina, hasta el cuerpo sangrante abatido sobre la mesa, y finalmente hacia Aquilán, para finalmente volver a caer en el muerto ensangrentado, con expresión significativa.

Los presentes, que no estaban en absoluto seguros de lo que había ocurrido, se limitaron a contemplar en silencio a la rubia danzarina y a Aquilán, sin revelar emoción alguna al respecto.

—Miente —dijo con frialdad el joven enigma, clavando sus ojos acusadores en Dunia—. La muy perra está mintiendo, maldita sea... Ella sabe que eso no es cierto. No hice daño alguno a este hombre...

—No te muevas, jovencito, o lo pagarás caro —avisó el oficial, desenvainando su propia espada—. Yo no soy aquí autoridad alguna, pero hasta que venga algún soldado del Rey Vosgo, ó cualquiera de sus guardias de vigilancia, cuidaré con celo de que no escapes.

Otros soldados cubrían ya la entrada, y todos miraban con recelo y aire amenazador al joven Aquilán. Todos ellos eran muy altos y fuertes, de recia e inconfundible raza nórdica. Dunia, con gesto trémulo, continuaba mirándole, con su brazo extendido, acusadoramente.

Danae, la negra y exuberante Danae, avanzaba con lentitud, con mirada de duda, como no aceptando fácilmente que él fuese culpable de lo que su hermana blanca le acusaba. Pena tampoco parecía dispuesta a intervenir en su favor.

—Os juro que miente esa mujerzuela —silabeó Aquilán con ira—. Ese hombre es un extranjero en Enigia, y había venido a hablar conmigo. Difícilmente pude causarle daño, cuando estábamos sentados juntos, hablando de algo que a él le preocupaba, y en lo que yo podía ayudarle...

—¡Está mintiendo él, oficial! —clamó Dunia con énfasis. Apoyó sus manos en los pechos rotundos, para añadir con voz plañidera—: ¿Me creéis capaz de mentir y acusar a alguien de algo tan grave como es un asesinato?

La bribona mentía bien, se dijo con ira Aquilán, sin comprender claramente los motivos que ella podía tener para tal argucia indigna. Pero no era el momento de discutirla ni de seguir clamando por su inocencia, puesto que la expresión de oficial y soldados era evidentemente condenatoria para él. No. Ellos no creían capaz de mentir a una mujer como Dunia, y menos viniendo de camino por largas jornadas. Quizá él hubiera hecho igual en su caso.

Maldiciendo con ira entre dientes, Aquilán corrió ahora hacia la parte posterior de la cantina. Algunos soldados se lanzaron en pos suyo. El oficial aulló con voz potente:

—¡Deteneos, estúpido! ¡Haré que os maten antes de que llegue autoridad local alguna, si os empeñáis en escapar!

Pero Aquilán se mantuvo firme en su intención de evadirse de aquí. Derribó al hacerlo a Danae, la morena Danae con quien compartiera algún tiempo de aquella noche, aunque lo cierto es que tampoco ella intentó frenarle o sujetarle para que fuese más sencilla la captura.

Una lanza, una alabarda y un par de espadas volaron por los aires en busca suya. Se clavaron en el portón de madera posterior, al abrirlo él para precipitarse a la oscuridad de la noche.

Los soldados rugieron, precipitándose a través de la cantina, en pos suyo, haciendo flotar majestuosamente sus cacas carmesí. Las luces de grasa hacían, centellear sus armas con fulgores acerados. En la noche oscura y silenciosa del camino, sus voces sonaban

ruidosamente.

Aquilán se hundió en las tinieblas de la campiña situada a espaldas del parador de carreteras. En vez de escapar por allí, a campo través, tuvo la ocurrencia de girar en torno al edificio, yendo a parar de nuevo al sendero, en donde se hallaban detenidos otros soldados, con antorchas y monturas. En un vehículo cerrado, un carruaje que rodeaban ellos celosamente, debía hallarse la ilustre viajera que recorría territorio enigmo, camino de Hélios, para desposarse con el Rey Vosgo, el tirano invasor de Enigia.

Aquilán contempló iodo ello con rapidez, disponiéndose a hacer algo que le permitiera salvar su pellejo de aquellos hombres rudos y fuertes. No les consideraba enemigos suyos, salvo por su amistad con el rey hélios... y por el hecho de que ahora se precipitaran en busca suya, con saña, sólo porque la bribona rubia, la danzarina Dunia, le había acusado de asesino, llevada por sólo los dioses sabían qué motivos.

Oía sus voces y carreras en la campiña, persiguiéndole a campo traviesa. De haber seguido ese camino, no les hubiera sido difícil dar con él y cercarlo, Luces obtenidas del interior de la posada, bailoteaban ya en las sombras de la noche, allá en la campiña.

Aquilán no perdió el tiempo. Sabía que disponía de muy poco para hacer algo práctico, que le permitiera ponerse a salvo lo antes posible. Si los soldados nórdicos descubrían sus huellas, le darían alcance de todos modos.

Se aproximó sigilosamente a uno de los soldados, y salió sobre él, silencioso y elástico como un felino salvaje. Era un miembro de la escolta, algo alejado de los demás, junto a un recio árbol.

Le abatió con un golpe formidable de sus manos, formando mazo, allá en la nuca. Luego, se inclinó, despojándole con celeridad de coraza, capa y armas. Cuando se irguió, todo hacía suponer que él era un simple soldado de la regia escolta de Nordal. Y allí se mantuvo, al margen de más brillantes luces, haciendo cálculos sobre sus posibilidades inmediatas de evasión.

Las luces bailoteantes rodeaban el edificio aislado del parador. Obviamente, el oficial y sus hombres empezaban a advertir la maniobra del joven luchador enigmo...

Aquilán no perdió más tiempo. Rápido, avanzó hasta el carruaje, del que otros soldados se apartaban ya, para abrir las puertas de la

posada a su ilustre viajera. Por unos momentos, el carruaje real quedó desguarnecido...

Aquilán, rápido, saltó hacia él, por su parte posterior. Lo rodeó, abriendo la puerta situada en el lado opuesto a aquel en donde se encontraban los soldados. En su mano centelleó la ancha hoja de acero de su espada.

La apoyó en una figura que, asustada, se encogió sobre los cojines del interior, con movimiento instintivo de terror.

—Vamos, ni un grito —silabeó el joven fieramente—. Sois mi prisionera, princesa Artika, un solo movimiento, y el Rey Vosgo se quedará viudo antes de casarse...

El rostro *de* ella le era imposible verlo, a través de las gasas y tules que envolvían figura y faz principescas. Pero no le era difícil suponer su pánico, ante el temblor convulso que sacudió aquel cuerpo, a la vez que sonaba un gemido femenino, lleno de angustia:

—Por los dioses, ¿qué hacéis? ¿Os habéis vuelto locos para atacar a la futura esposa del Rey Vosgo?

—Es posible —silabeó Aquilán—. No permitáis que mi locura acabe con vuestra vida, princesa, y haced cuanto os digo. Salid de ahí inmediatamente. Venid a mi lado, ¡pronto!

La leve presión de su afilada espada contra las tenues ropas de suaves colores de la ilustre viajera, forzaron a ésta a obedecer prestamente. Abandonó el carruaje, encogida, pegándose a él y a su espada, con docilidad forzosa.

En ese instante, la otra portezuela del carruaje se abrió... y asomaron los rostros de otro oficial y algunos soldados de Nordal. Su estupor al verse ante la escena fue inmenso. El horror y angustia que expresó su gesto, aún superó ese asombro inicial.

—¿Qué? —aulló el oficial—. ¿Qué significa...? ¡Alteza! ¡Traición! ¡Han atacado a Su Alteza!

—¡Traición! —el grito aterrorizado recorrió las filas de la escolta como un clarinazo de angustia. Los soldados se arremolinaron con sordo entrechocar de armas aceradas, amenazadoras. Aquilán sabía que estaba jugando con la muerte, pero no tenía otra salida. El segundo oficial de la escolta y los demás soldados, llegaban ya por la esquina del parador, sin haberle hallado.

—Será mejor que nadie intente nada —avisó Aquilán fríamente. Y todos pudieron ver que, con un brazo, sujetaba férreamente

contra sí a la princesa, en tanto su espada tocaba de modo ostensible y amenazador el pecho de su ilustre protegida—. La vida de Su Alteza me responde de vuestra actitud.

Hubo un instintivo movimiento de retroceso ante el peligro que corría la dama. Los oficiales, asombrados, se miraron entre sí, sin comprender claramente, lo que ocurría, ni verle posible solución inmediata a los hechos.

El oficial que llegara en aquellos momentos de la posada, le identificó en el acto, a pesar de sus ropas de falso soldado de Nordal:

—¡El asesino! —jadeó—. Es el hombre que mató ahí dentro a un viajero... Tened cuidado, o será capaz de matar también a nuestra princesa...

—De eso, no os quepa duda alguna —afirmó Aquilán, enfático, esperando que no pusieran a prueba tal posibilidad, ya que en momento alguno se le pasó polla mente dañar a una mujer, fuese princesa o no. La atrajo hacia sí con más ímpetu, y el acero suyo pareció apretar más fuertemente el atavío de velos y gasas que envolvía el flexible cuerpo femenino, esbelto y sugestivo, sin duda alguna—. Vamos, apartaos todos con mucho cuidado. Sé que podéis matarme sin dificultad, pero no rescataríais jamás a vuestra princesa con vida.

—El tiene razón —asintió el oficial, mordiéndose el labio, furioso e impotente—. Dejadle obrar. No cometáis errores. En cuanto a ti, asesino, ¿qué pretendes? ¿Deseas huir? Hazlo. No te atacaremos. Tienes mi palabra, rufián. Toma una cabalgadura, y escapa lo antes posible de aquí, maldito seas. Los asuntos de Enigia no son asuntos míos, y menos si ello implica un riesgo para mi princesa. Vosotros, soldados, no mováis un solo dedo. Permitid que él escape. Es una promesa que acabo de hacer formalmente.

—Sois muy generoso, oficial —sonrió duramente Aquilán—. Pero me temo que no me va a bastar con algo tan quebradizo como la palabra de un soldado extranjero.

—¿Qué... qué queréis decir? —gimió, preocupado, el hombre que capitaneaba la escolta regia.

—Muy sencillo, amigo mío —resopló el luchador enigio—. Yo partiré de aquí con esa cabalgadura que, tan gentilmente me ofrecisteis para huir..., pero con un rehén que me acompañe y

garantice mi evasión.

—Entiendo. No os fiáis de mí —relampagueó la mirada del guerrero nórdico—. Está bien: yo mismo seré vuestro rehén. Dejaré armas y me dejaré ligar, para acompañaros como garantía de que es respetada vuestra fuga.

—No sería suficiente garantía oficial, aunque agradezco y respeto vuestro interés —rió huecamente el joven—. El rehén ya lo tengo.

—¿Cómo? —una palidez mortal se extendió por el rostro crispado del oficial.

—Creo que lo entendéis perfectamente: mi rehén es ella, la princesa.

—¡No, por los dioses! —aulló el oficial—. ¡La princesa, no! ¡Jamás, maldito forajido!...

—Vamos, vamos, estad quieto —avisó duramente Aquilán, presionando con su espada a la cautiva, a quien estuvo contra sí con rudeza—. ¿Queréis entregar un cadáver, tal vez, al muy ilustre rey de Hélide? Por hermoso que fuese, no creo que le gustara el presente...

—Os ruego... os ruego por mi propia vida, señor, que no toquéis a mi dama —jadeó angustiado el oficial—. Matadme a mí, pero perdonadle a ella. Todo cuanto decís, no tiene el menor sentido... No podéis hacer lo que estáis haciendo...

—Oficial, sabéis que puedo hacerlo. Y lo haré. Tenéis mi palabra de que ella tampoco va a sufrir daño... en tanto se porte bien, y vos y vuestros soldados os mantengáis a raya, sin atacarme. Es todo cuanto os pido.

—Es un disparate, una locura...

—Llamadlo como queráis. Que vuestra propia princesa os dé la orden, si tiene voz para ello. De vos y de ella depende su suerte futura.

—Ya le habéis oído —sonó la voz apagada de la princesa Artika quien, sin embargo, reveló admirable serenidad en aquel momento—. Este hombre es dueño de la situación, es evidente. No le obliguéis a cometer una atrocidad. Me iré de rehén gustosamente. Cuidad de que nada suceda que ponga mi vida en peligro.

—¡Estaréis en peligro en su poder! —gimió el oficial—. Es un criminal, un delincuente...

—Sea quien sea, no hay opción, amigo mío —declaró ella con firmeza—. Obedeced, os lo ruego.

—Eso es sensato —sonrió Aquilán con frialdad—, Ya oísteis a vuestra princesa. Todo vasallo debe obedecer a quien posee autoridad sobre él. Como ella misma afirma, no hay opción, comprendedlo. Se apartó con ella, siempre mirando muy fijo a los soldados. Dos de éstos desmontaron, dejando sus caballos unicornios junto a un árbol, a disposición de Aquilán y su cautiva. El oficial aún preguntó, trémulo:

—¿Cuándo... cuándo nos devolveréis sana y salva a Su Alteza?

—En cuanto esté definitivamente a salvo.

—Eso no es una respuesta...

—No puedo daros otra, oficial. Si esta misma noche me encuentro a salvo de vosotros, os prometo que ella regresará sana y salva con vosotros. Si no... su grata compañía deberá prolongarse un poco más.

—¿Cómo fiarme de un hombre como vos? —musitó con amargura el oficial.

—No puedo evitar vuestros recelos —dijo Aquilán, sarcástico—. Y de veras lo siento. Vamos, princesa. Las cabalgaduras nos esperan.

—Me siento fatigada del largo viaje, de la dura jornada de hoy... —gimió ella con voz ahogada, obedeciendo de mala gana.

—Lo comprendo muy bien. De todos modos, elegisteis mal camino y peor parador para reposar. Este no es precisamente el camino real, señora.

—Lo sabemos. No se podía elegir otro. Nos previnieron contra los rebeldes. Se dice que un guerrillero cruel, enemigo mortal del Rey Vosgo, ataca a veces con sus leales a las personas amigas o a las fuerzas del rey hélido.

—¿De veras? ¿Y quién es ese hombre tan temible que se hizo cambiar de ruta?|

—Aquilán es su nombre. Se dice hijo de dioses,, y; es sólo un traidor con la cabeza puesta , a precio.

—Entiendo, señora —sonrió Aquilán, sardónico. La hizo subir a su propio unicornio, antes de hacerlo él á otro, reteniendo las riendas firmemente en una dé sus manos—. Vamos ya4 Os prometo que, si todo va bien, pronto descansaréis tranquila, sin nada, que temer de mí o de ese hombre, Aquilán..

Ella no respondió. Situando siempre a la princesa entre él y los soldados, el joven enigio emprendió la marcha. Tras él, se quedaban, preocupados, sombríos, llenos de vivo temor por la suerte de su princesa, los hombres de la escolta, con el oficial a la cabeza. El rostro, de éste, era una lívida máscara de temor e incertidumbre.

—Juro que si algo sucede a mi señora, os perseguiré hasta aplastaros como, a un reptil —silabeó el oficial, colérico.

—Magnífica fidelidad la vuestra —asintió Aquilán—. Sé que lo haríais, oficial. Y ello habla muy alto en vuestro honor. Sólo espero que no tengáis, precisión; de demostrarlo.

Partieron ambos, a un trote corto, que retenía cerca de Aquilán a su cautiva y la montura. Impotentes, los soldados de la escolta se quedaron atrás, presenciando la escena, viendo cómo se alejaba su princesa, sin poder hacer nada por ella.

CAPÍTULO IV

—¿Y, ahora? ¿Qué vais a hacer ahora? ¿Asesinarme acaso?

—Me juzgáis peor de lo que soy, señora.

—Mi oficial Gunar lo, dijo: sois un asesino. Matasteis a alguien en la taberna.

—Aunque eso fuera cierto, sería un caso distinto. Muy distinto. Dije que nada tenéis que temer, en tanto os portéis bien.

—¿Se puede confiar en la palabra de un hombre capaz de matar á otro, capaz de raptar a una mujer, como rehén que cubra su propia fuga? —dudó ella, despectiva.

.. —Quizá sí, señora —sonrió Aquilán con Maldad, fiero su gesto bajo la rubia melena rebelde—. Ahora, nada me obliga a cumplir mi palabra. Podría mataros, si realmente lo deseara, sin que ninguno de vuestros hombres fuese capaz de pedirme cuentas. Estamos ya muy lejos de ellos.

„ —¿Y. vuestro rey? ¿No os las exigiría ferozmente acaso?

—¿Mi rey? ¿Qué rey?

—El Rey Vosgo, naturalmente. El amo y señor de Enigia.

—El es el tirano de Enigia, no mi rey —replicó Aquilán—. Un enigio nunca rinde vasallaje á un rey extranjero, señora.

—¡Yo voy a ser también, vuestra reina!

—Cierto, señora, Pero tampoco os rendiré pleitesía, estad segura. Seguiréis siendo para mí la esposa extranjera de un tirano extranjero, rey de otro país.

—Habláis con demasiada altanería para ser un asesino vulgar.

Se habían detenido con sus cabalgaduras en una región oscura y solitaria, lejos de la población de Rehm, aunque también lejos de los senderos que conducían al norte. En torno de ellos, todo era bosque y macizos de peñascos. Parecía un lugar salvaje y hosco,

donde la princesa, aún con su rostro envuelto en velos, lo mismo que su figura, era una incógnita para su captor.

—No soy un asesino, ya lo dije antes —replicó Aquilán—. Yo no maté a nadie en el mesón.

—Por supuesto, ¿qué otra cosa podríais decir? —repuso ella, desdeñosa.

—No tendría inconveniente en admitirlo, si fuese obra mía, ahora en vuestra presencia, Alteza. Pero lo cierto es que me cité allí con un hombre, y él fue muerto por alguien a quien no me fue dado ver. Aún ignoro por qué, Dunia, una danzarina me acusó de esa muerte, aunque ella tuvo que ser testigo, como yo mismo, de que no era culpable ni toqué para nada a aquel hombre.

—¿Esperáis que os crea? ¿Por qué ibais, en tal caso, a raptarme, amenazándome de muerte?

—Obré en justa defensa, con unos medios indignos, aunque debo confesaros ahora que, de no haberme acompañado dócilmente, nada os hubiera hecho tampoco.

—No me hagáis reír. ¿Os hubierais dejado capturar, en tal caso, sin oponer resistencia?

—Hubiera opuesto resistencia, cierto. Pero no os hubiese causado daño alguno, señora. Todo fue fingido, para convencerles de que era mejor dejarme evadir de allí.

—Pero soy vuestro rehén. Voy con vos a la fuerza, recordadlo.

—Lo recuerdo muy bien. Seríais una presa importante para el movimiento de rebeldía enigio, utilizándoos como rehén ante el Rey Vosgo. Muchos cautivos que sufren en sus mazmorras serían liberados a cambio e vuestra seguridad personal.,, pero no es ése mí modo de luchar céntralos tiranos. No con la vida y la libertad de una mujer por medio, creedme.

—Podéis entregarme a ese rebelde, Aquilán. El no tendrá tantos escrúpulos como vos.

—Estáis en un error —la miró fijamente, con frialdad—, Yo soy Aquilán, señora.

Hubo un movimiento de sorpresa en la cautiva. La princesa le miró, sorprendida, a través de los velos que nublaban su rostro y convertían su esbelta figura en una simple silueta bien dibujada a contraluz, de formas juveniles y firmes, pero nada más.

—Vos... —ella se irguió, solemne, mirándole con fijeza—. Debí

suponerlo.

—Insisto en, que vuestra vida sería preciosa para nosotros, como rehén ante el rey. Pero no teníais: nadie os utilizará como tal.

—¿De verdad me pondréis en libertad?

—Estáis libre ya —suspiró Aquilán, señalando a la noche, oscura y sin fin.

—¿Qué?

—Sois libre. Volved con vuestra escolta, Alteza. Nadie os hará daño en Enigia. En esta región no hay bandoleros ni forajidos. Dentro de dos horas estaréis reposando en vuestro aposento, de las fatigas y emociones del día. Sólo os ruego que me perdonéis, aunque sé que ello resultará muy difícil.

—Estáis diciéndome que puedo partir libremente, sin que intentéis retenerme un momento más a vuestro lado...

—Exacto, señora. Ni un momento más.

—¿Puedo... irme ya?

—¿Cómo necesitáis que os lo diga? —los ojos fulgurantes de Aquilán se fijaron en ella—, Id en hora buena. Os deseo todo lo mejor, aunque vais a ser la esposa del tirano. Mi única esperanza es que un día, el Rey Vosgo se vea obligado a abandonar Enigia para siempre, devolviéndonos la, independencia a., que tenemos derecho.

La princesa miró en torno, hacia la oscuridad. Un ademán aprensivo fue evidente en ella, dada la soledad y silencio de, la región en que se hallaban. Su voz sonó apagada.

—¿Es vuestro refugio quizá? —indagó.

—Uno de ellos —Aquilán se encogió de hombros—; Tengo amigos aquí. Rebeldes, como yo., Habitualmente, no nos reunimos. Hoy. es diferente. Necesito de ellos; para que me ayuden a poner algo en claro. No quiero que la gente crea que Aquilán es un asesino.

—¿Os ayudarán a demostrar vuestra inocencia quizá?

—Me ayudarán a buscar a un asesino invisible.

,—¿Invisible?

:—Eso dije. Sólo un ser así pudo matar a mi amigo en el mesón. No vi al criminal. Ni creo que nadie lo viese. El lugar de donde procedía el arma estaba desierto.

—Pero eso no es posible. Estaría oculto..

—No había escondrijos. Sólo un muro liso y sólido, sin aberturas.

—Eso no tiene sentido.

—Claro. Por eso le busco uno, señora. No os entretengáis por mí. Id en buena hora... y perdonad, una vez más.

—Es tarde. Hemos cabalgado largo rato, y me notó: cansada. ¿No podría... abusar ahora de vuestra hospitalidad, como mujer y no como princesa, como viajera fatigada, simplemente, rogándoos que me admitáis con vos en algún lugar donde poder descansar un par de horas, e incluso tomar algún refrigerio?

—¿Conmigo, vuestro captor? —pestañeó Aquilán, sor prendido.

—Si ya no soy vuestra prisionera, ¿qué puede iri1 pedirlo? ¿Me teméis acaso?

—No temo a nadie, y menos a una mujer—replicó Aquilán, incisivo—. Es posible que llegaseis a conocer el refugio de alguno de mis amigos. Evitaré eso, pero entonces debo vendaros los ojos. Y ocultar vuestra identidad, a , todos, por si alguno pensara hacer lo que yo no quiero realizar con vos.

—¿Os referís a servirse de mí como rehén ante el rey? Está, bien. Llamadme Tíka. Es el nombre cariñoso que me daban mis. padres, allá en Nordal, Será suficiente, en todo caso.

—Es una curiosa situación .ésta: una cautiva que se niega a ser libre...

—Al menos, de momento —hubo una breve risa bajo los velos—. Vamos, podéis vendarme los ojos. Ansío hallarme en sitio cerrado, reposando ante unos alimentos...

* * *

—Es cuanto pude reunir, Aquilán. De haber sabido que venías con una invitada tan hermosa, yo...

—No. té importe, Elko —sonrió Aquilán—. Es suficiente. Esa leche y esas frutas complacen a mi amiga Tika. Tus divanes son confortables, para formar parte del mobiliario de un proscrito político. Es todo lo que deseábamos, te lo aseguro.

—Tú has dicho que ella es de fiar—habló Elko, el rebelde, dé las regiones del sur de Enigia—. Si me delatase...

—No temas. Llegó con los ojos vendados, por si llegara a ser interrogada. No puede decir nada a las tropas, si eso te preocupa.

—Entiendo. Las torturas de los hélidos son tan terribles... que no

hay lengua humana. capaz. de guardar silencio en un interrogatorio de los suyos.

—¿Tan crueles son? —indagó Artika la. princesa de Nordal, elevando sus ojos de la mesa.

Elko, el amigo de Aquilán, contempló una ¡vez más la sorprendente, increíble belleza de la joven a quien tenía por amiga de su camarada. Lo cierto es que nunca vio antes en Enigia a una mujer tan pálida, de cabellos, tan plateados, boca tan roja y. carnosa, ojos tan azules y piel tan lustrosa y suave, Artika era una bellísima criatura nórdica de rara sugestión. Su propia sangre real era ostensible en sus ademanes y altivez, Aunque Aquilán esperaba que Elko y sus cantaradas no llegaran a sospechar de su auténtica identidad. Cuando menos, no antes de tiempo. Ahora, la vida y libertad de Artika, eran su total responsabilidad.

—¿Crueles habéis dicho? —suspiró—. Son más que eso. Mucho más. Corno fieras sanguinarias. No se detienen ante nada, con tal de aniquilar toda resistencia enigia. El Rey Vosgo da las órdenes implacables, y sus feroces verdugos las cumplen gustosos.

—Los dioses no deberían permitir tanta maldad —dijo significativamente Artika, clavando sus pupilas azules en Aquilán.

—Los dioses, evidentemente, tienen muchas ocupaciones para mezclarse en nuestros problemas —sonrió Aquilán, irónico—. No creo que puedan hacer nada por Enigia, la verdad.

—¿Ni aun siendo tú su hijo predilecto? —la forma amistosa y sarcástica de hablar de Artika, aprovechándose de la circunstancia de que, ante Elko, eran amigos ambos, sorprendió y no desagradablemente a Aquilán, que ahora soltó una seca carcajada antes de responder.

—Hijo de dioses... —repitió, sacudiendo su rubia cabeza—. Es la voz popular la que sostiene cosas así, Tika, Soy el primer convencido de que los dioses no tienen hijos mortales.

—El siempre se rebeló contra la leyenda —dijo Elko, con un suspiro—. Pero esas cosas arraigan muy hondo en el ánimo de las gentes, sobre todo cuando el pueblo anda necesitado de una esperanza, de mantener su fe en algo o en alguien... Pero creo que se puede ser hijo de los dioses sin serlo realmente... y ése es el caso de Aquilán. Ellos le protegen, sin duda. Ellos le enviaron para hacernos sentir nueva esperanza y reafirmar nuestra voluntad de

lucha. Por otro lado, lo que él no consiga, nadie lo logrará jamás.

—Me gustaría que todo eso fuera cierto —resopló el joven luchador enigio con ironía—. Pero últimamente, están ocurriendo demasiados prodigios en Enigia, y empiezo a pensar que si los dioses me protegen a mí, los demonios del Mal están combatiendo al lado de alguien más.

—¿A qué te refieres? —se interesó Elko, bajo la mirada curiosa de la bellísima Artika.

—No lo sé. Primero, Roaluk Kahn me envió un retador, el Cruzado Negro, con la idea de matarme. Kumak, su asesino, era sólo un mecanismo, un juguete monstruoso... y usaba armas movidas por una fuerza que desconozco, salvo por remotas teorías no demasiado claras. Luego,, un hombre me da cita en un lugar, y una espada surgida de la nada, termina con él, sin que asesino alguno se haga visible.

—¿Qué fantasía es ésa, Aquilán? —se asombró Elko ahora.

—Ninguna. Suena a disparate, pero todo es real y ha sucedido así, amigo mío. Por eso estoy aquí. Quiero saber si conoces algo de las leyendas que circulan por el norte de Vultar, Algo sobre... sobre un dragón del espacio y una niebla plateada, por ejemplo.

Sucedió algo sorprendente. Artika exhaló una exclamación de asombro y terror, se incorporó de un salto, derramando una jarra de leche y un cuenco con miel, al tiempo que miraba con angustiado temor a Aquilán.

—¡El Dragón! —gimió, repentinamente pálida y amedrentada—. La Niebla Plateada... Cielos, Aquilán, ¿quién te habló de ello? Es... es horrible... pensar que llegue hasta aquí alguna vez...

Y ante el asombro de los dos amigos, la hermosa muchacha se desplomó. Los brazos de Aquilán impidieron que besara el suelo, alfombrado de pieles. Se había desvanecido.

* * *

—Ella... ella tiene familia en el norte de Vultar —se justificó dificultosamente Aquilán—. Pero ignoraba que conociese todo eso, Elko...

—Sí, entiendo —su amigo asintió, pensativo—. Tu amiga tiene aspecto de nórdica, a fin de cuentas. Forzosamente tenía que conocer la historia del Dragón de los Astros...

—El Dragón de los Astros... ¿Qué es eso, Elko? No logro

entender nada..., pero sé que un hombre ha muerto por empezar a contarme una historia y confiar en mí por alguna razón que no acierto a adivinar. Un hombre que llevaba esta sortija en su mano, Elko.

Mostró el sello verde, con la calavera. Elko se estremeció, clavando sus ojos en el emblema mortuario.

—La Ciudad de los Muertos... —susurró con terror repentino.

—¿De qué ciudad hablas? —Aquilán iba de sorpresa en sorpresa.

—Una vieja y poderosa ciudad, donde sólo reina la muerte... Ese es su estandarte: la Muerte misma. Se dice que nadie mora allí, salvo los espectros y los cadáveres de quienes allí murieron un día, repentina y misteriosamente, víctimas de un mismo mal. Nadie se atreve a pisarla. Es un lugar maldito. Las caravanas prefieren dar enormes rodeos, pese a ser el único lugar con un manantial de agua, en jornadas enteras de viaje por desiertos y peñascales.

—¿Qué tiene eso que ver con el Dragón y la Bruma Plateada?

—Que yo sepa, nada —estudió de soslayo a la joven de cabellos de plata, que reposaba en su actual sopor, sobre los montones de pieles y cojines—. Son cosas distintas, cuya relación ignoro. Pero ninguna es cosa buena, Aquilán. No te mezcles en ello. Renuncia a ahondar más, ahora que es tiempo.

—Tal vez no pueda renunciar. Mataron a un hombre, y me culpan de su muerte. He sido atacado por un ser diabólico que estoy seguro no es obra de la magia de Roaluk Kahn, sino quizá un presente que alguien, le hizo al emperador de Urania para que me exterminase. Luego llegó Grokko, y ahora está muerto, asesinado por un criminal a quien me fue imposible ver o localizar. Grokko quería revelarme algo que le costó la vida. Posible, mente también el hecho de que Kumak viniera en mi busca, obedecía al afán de alguien por impedir que Grokko llegara a verme. Yo me pregunto por qué todo eso, Elko...

—Demasiado complejo para un guerrero. Olvídalo. Creo que lo mejor sería dejar de lado esas cosas y seguir pensando solamente en Enigia y su libertad...

—El... Dragón... La niebla... la Niebla Plateada...

Las palabras interrumpieron a Elko e hicieron que Aquilán girase rápido su cabeza, para mirar a la joven que reposaba en las pieles. Estaba aún inconsciente. Hablaba en sueños, con evidente agitación.

Aquello, fuese lo que fuese, la aterrorizaba profundamente. Y no parecía una mujer fácil de asustar...

—Eso es lo que quiero saber, Elko —señaló Aquilán—. ¿Qué significa «el Dragón;»? ¿Y «la Niebla Plateada»?

—Está bien —resopló su amigo—. Te contaré lo que mercaderes y caravanas de comerciantes y guerreros del norte me refirieron al respecto: ese dragón existe. No es sólo un animal mitológico de ciertas regiones, sino que hay un dragón cósmico que llega del espacio... y al espacio vuelve, tras extender sus plagas sobre Vultar. Cuando la Niebla Plateada surge, y envuelve las regiones nórdicas, de ellas emerge la Ciudad Encantada que llega del cosmos, flotando en luz de plata, cegadora. El dragón se hace visible, cae como un azote sobre vidas y haciendas, arrasándolo todo a su paso, dejando desangrados y sin vida a hombres, mujeres y. niños, y calcinadas sus propiedades, sus casas, huertos y poblaciones... Luego, misteriosamente, la niebla vuelve a formar un torbellino plateado, en el que se sumergen ciudad y dragón desapareciendo de nuevo, tras dejar allí su rastro de calcinación y muerte.

—Es increíble... ¿Eso tiene sentido?

—Me gustaría saberlo. Los pocos testigos que sobrevivieron a las apariciones de ese horrible ser cósmico, dicen que presenciar esa escena es un espectáculo imborrable y cruel. La gente se retuerce tratando de huir, de luchar en vano contra la figura pavorosa de ese dragón que se forma en el aire mismo, y cae sobre ellos, succionando su sangre a la vista de los demás, hasta dejarles, tras un horripilante baño rojo, desangrados y lívidos, como papeles, sin una sola gota de sangre en sus venas.

—¿Cómo es el dragón? Me refiero de tamaño, de apariencia...

—Grande, Aquilán. Muy grande y horrible, de fauces babeantes, de cuerpo viscoso,... Los ojos son globos inyectados en sangre, que emergen de su faz diabólica... No se ve a ningún otro ser en esa especie de sombra de ciudad fantasmal que aparece entre la niebla plateada... Como si él solo morase en ella, viajando por el espacio, para caer sobre Vultar cuando precisa sangre humana para su alimento.

—Un dragón vampiro... —reflexionó Aquilán, perplejo—. Nunca oí hablar de nada parecido, ni siquiera a gentes de Oriendas, donde se dice que moran, vampiros humanos en una remota ciudad

perdida en los yermos. Además de succionar sangre, dijiste que lo calcina todo a su paso.

—Es la verdad. Esa niebla parece emitir un fuego del infierno, que todo lo abrasa y ennegrece, tras el paso del dragón y su ciudad del espacio por los lugares elegidos. La desolación total es el rastro de sus apariciones. ¿Comprendes ahora el horror que me produjo oírte hablar de ello?

—Sí —Aquilán se inclinó sobre Artika—. Y comprendo el terror de ella...

La atendió solícito, observando que se recuperaba ya lentamente de su desvanecimiento al abrir sus luminosos ojos azules, los clavó en Aquilán, como si no entendiera lo que sucedía. Se incorporó, sobresaltada/ mirando en torno. Comenzó a hablar.

—¿Qué significa? ¿Y la gente de ja escolta? ¿Dónde me...?

Rápido, el joven enigmo tapó su boca con sus propios labios, fingiendo besarla largamente. Ella forcejeó, pese a la férrea presión de Aquilán, mientras Elko reía. El contacto con los carnosos labios femeninos era agradable, pero hubo de reducirlo, musitando con rapidez, en voz baja:

—Por los dioses, Tika, recuerda... No eres la princesa ahora, sino mi amiga Tika... o mis camaradas rebeldes te podrían utilizar de rehén...

Ella pareció entender. Abrió mucho sus ojos, fijos en Aquilán, en tanto él se apartaba de ella, tras el beso forzoso. Artika se tocó los labios, con dedos temblorosos, allí donde la boca firme del joven la había oprimido.

—Creo que tuve una pesadilla al desvanecerme... —musitó—. Soñaba con caravanas, escoltas y peligros en tierras del norte... Debí ser eso.

—Sí, sin duda fue eso —asintió Aquilán—. He hablado con Elko sobre lo que provocó tu desmayo, Tika. Creo comprender tus temores ahora. —Oh, eso... —ella se estremeció, alargando sus brazos. Apoyó ambas manos en los hombros de Aquilán, apretando con fuerza—. No es una leyenda, te lo juro. Yo... yo sé que no lo es.

—¿Viste alguna vez...?

—Sí, siendo niña —susurró ella—, Hace de ello unos diez años... Fue espantoso...

—No des más detalles. Me imagino la escena, por lo que Elko

me ha referido.

—Yo no llegué a conocerlo, pero los que lo vieron no mentían —declaró Elko, sombrío—. Es lógico que sí ella lo presencié alguna vez... su sola mención le horror.

—Si ello es así, ¿por qué me mezclaría en ello Grokko? —frunció el ceño el rubio titán de los enigios—. Soy humano, no divino. Tampoco poseo dotes de astronauta. Ni nadie, salvo las míticas Aves Cósmicas, son capaces de remontarse en el espacio, entre Vultar y sus lunas, aprovechando el anillo de aire respirable y luminoso que nos rodea hasta la órbita de esos satélites... Yo nada podría hacer frente al dragón y su fantasmal ciudad. Además... eso tampoco parece tener relación con las armas que actúan solas o con las máquinas destructoras creadas por una rara ciencia. Cuando menos, no le veo yo el nexo...

—Aquilán, yo oí hablar una vez... de cosas parecidas a las que citas —musitó con voz débil la joven princesa.

—¿Cómo? —el joven enigio se volvió hacia ella, sorprendido—. ¿De qué oíste hablar, Tika?

—De hombres que no eran hombres, sino muñecos vivientes, juguetes fantásticos... Y de armas dirigidas a distancia por una rara magia que no era de este mundo...

—Magia... —repitió él—. Yo no diría que fuese magia, pero... ¿qué oíste sobre todo eso?

—Que el dragón poseía servidores que no eran humanos, sino objetos de metal movidos por su voluntad... Ellos buscaban a los campesinos y lugareños que se ocultaban de sus iras asesinas... y los conducían a su amo y señor, el Dragón del Cosmos, para ser desangrados, por la bestia cósmica... Actuaban como máquinas... Y a quien pretendía luchar contra ellos, defendiendo su vida hasta morir... le atacaban con espadas y lanzas voladoras, que parecían surgir del vacío, materializándose para asesinarles. Luego, la sangre fluía de sus horribles heridas, sirviendo de alimento al monstruo... —ella se tapó el rostro con ambas manos, angustiada—. ¡Oh, es horrible, horrible! Muchos parientes míos perecieron de ese modo un día...

Aquilán no la forzó a hablar más. Se volvió a Elko. Ambos hombres se miraron en silencio. .

—Te lo dije —habló Elko roncamente—. Existe, y es un horror

indescriptible. Yo que tú, no me metería en problemas así. Recuerda, Aquilán: confiamos en ti para nuestra libertad, no para perderte estúpidamente, allá en tierras del norte.

—Sí, lo sé —afirmó con voz ronca el rubio luchador de ojos de acero—. Pero la muerte de Grokko, la presencia del mecánico Kumak... me obsesionan. Y, sobre todo, este objeto sin sentido, que Grokko me entregó antes de morir...

Y agitó, en su mano, pensativo, ceñudo y sombrío, la bolsita de piel precintada con el lacre verde que ostentaba el sello de la Ciudad de los Muertos.

En aquel instante, llamaron de modo convenido a la puerta de la vivienda subterránea de Elko, situada en las cuevas de aquella región montañosa, elegida como escondrijo de los rebeldes de Enigia. El amigo de Aquilán fue a abrir.

Apenas lo hizo, entró despavorido un miembro del grupo, el pequeño y fornido Max, otro amigo de Aquilán. Rápidamente, se dirigió a Elko, sin advertir siquiera la presencia del rubio líder ni de la joven, para hablar abruptamente:

—¡Elko, Elko, hay noticias importantes que corren de boca en boca! ¡Alguien ha sido testigo, en el parador de Las Dos Ninfas, de una acusación de asesinato contra Aquilán! ¡El escapó, y en la fuga ha raptado a Artika, la rubia hija del rey de Norial, la princesa que debe casarse en breve con nuestro tirano, el Rey Vosgo de Héliide!...

Elko palideció intensamente. Sin llegar a cerrar la puerta, se volvió con estupor hacia Aquilán, y sus ojos se clavaron en la platinada hermosura de Artika. Ella, instintivamente, se acurrucó contra el joven que fuera su captor, como buscando protección en él.

—Tika... —musitó Elko con voz tensa—. Artika... La princesa del norte, rabia y delicada... Aquilán, ¿qué mágico influjo te ha podido dar esa víbora, para convertirme en un traidor, y traerla hasta aquí, para que conozca nuestro escondrijo?

Aquilán no respondió de momento. Vaciló, buscando las palabras que pudieran convencer, a su amigo. Max ya les había visto para entonces, y señalaba, asustado, hacia Artika.

—¡Es ella, es ella! —jadeó—. ¡La princesa!... ¡Elko, sería un rehén precioso, para libertar a nuestros amigos cautivos!

—Creo que, cuando menos, eso sí puede haberlo facilitado la

inexplicable traición de nuestro Aquilán —dijo fríamente Elko, volviéndose hacia él—. No intentéis salir de aquí. Ambos sois ahora nuestros prisioneros...

Max estaba sacando su arma de la vaina, lo mismo que Elko aferraba ya una poderosa hacha de doble hoja, con mano llena de vigor. Artika se abrazó a Aquilán, estremecida por el miedo.

En ese momento surgió de nuevo un arma diabólica, como nacida en el aire. Era un dardo centelleante, que penetró por la puerta abierta de la caverna y buscó una víctima. Sonó un alarido desgarrador.

Y la sangre escapó, tumultuosa, de una horrible herida mortal.

CAPITULO V

EL grito de terror de Artika, se unió al horrible chasquido de la carne hendida por la hoja centelleante de acero que surgía de la nada.

Un cuerpo chocó brutalmente contra el suelo de piedra, atravesado de parte a parte. La sangre brotó, tumultuosa, de la tremenda herida perforante. Antes de besar el suelo, Aquilán estuvo bien seguro, su camarada Max estaba muerto.

Elko vaciló, inseguro, mirando a la oscuridad ominosa de la noche, de donde pareciera brotar el arma lanzada por manos invisibles, como ya sucediera en la cantina de Las Dos Ninfas.

Ese momento de duda que tuvo respecto a Aquilán y a su compañera del cabello platino, lo aprovechó rápidamente el guerrero enigma, para impedir que la amenaza se hiciera realidad, y pasaron a ser prisioneros de sus propios aliados y amigos.

Por tanto, aferró con rapidez a Artika por una mano, y se precipitó con ella hacia la salida, al tiempo que su puño formidable descargaba tal mazazo en la cabeza de Elko, que éste caía como fulminado por un rayo, sin tiempo ni ocasión para impedir la fuga de su compañero.

—¡Vamos, pronto! —alentó Aquilán a la joven—. ¡No podemos hacer nada aquí, salvo correr el riesgo de que seas hecha prisionera o sacrificada en represalia por las acciones brutales de los verdugos del Rey Vosgo, y eso no es lo que quisiera que te sucediera, siendo mi responsabilidad tu persona! Además... no van a creer cuanto les diga, de modo que es preferible evadirse...

Salieron a la noche oscura. Aquilán miró en torno, inquieto, espada en mano, temiendo que de las sombras pudiera brotar otra arma diabólica, guiada por manos invisibles hacia ellos. Pero tras la

muerte de Max en la gruta, parecía no haber nuevos intentos de muerte por parte de su invisible adversario.

—Aquilán, veré el lugar, los escondrijos de tus amigos...; —se quejó, entre dientes Artika, siguiéndole con paso rápido, sin soltarse de su mano.

—Eso ya poco importa. Ellos cambiarán de lugar, temiendo que tú les delates ahora. Vamos, es preciso escapar de aquí lo antes posible. Es demasiado para una sola noche, enfrentarse a los soldados de tu padre, a las gentes de Enigia, a mis amigos y camaradas... y también a esa fuerza misteriosa que arroja armas sobre personas situadas cerca de mí.

—Pero no *sobre* ti —le recordó Artika con voz tensa.

Aquilán se detuvo en seco, mirando con estupor a la joven. Su rostro reveló sorpresa, como si de repente cayera en la cuenta de algo que, hasta entonces, no se le había ocurrido en absoluto.

—Por los dioses... —masculló—. Eso es cierto. Han matado a Grokko, a Max... pero no *a mí*. ¿Por qué?

—Yo diría que tiene alguna oculta razón para protegerte, para no dañarte a ti. Me temo, Aquilán, que esa posibilidad rio me afecte a mí, y esté tan en peligro como los demás que te tratan de cerca.

—No temas —silabeó él, estudiando en torno las sombras de la noche—. Voy a dejarte en lugar seguro, no lejos de tu gente. Creo que es lo justo. Ya has corrido demasiados riesgos por culpa mía. Recuerda que no eres ya mi prisionera desde hace tiempo.

—No tienes nada que reprocharte ahora. Sigo a tu lado por propia voluntad, recuérdalo tú también.

—No lo he olvidado, Artika. Pero si te sucediera algo en estos momentos, nunca me lo perdonaría. Es mejor que vuelvas a tu mundo, y te reúnas pronto con tu prometido, para que luego llegues a ser reina de mi pueblo, Artika.

—Reina de un pueblo que me odiará a muerte, como extranjera que soy...—meditó amargamente ella.

—No te odiará por tu condición de extranjera, sino por ser la esposa del Rey Vosgo. Muchos pueblos han tenido una reina de otro país, y la amaron porque había sido de su agrado la boda real. Esta de ahora, con un tirano, no puede ser bien acogida por nadie, convéncete de eso.

—Me doy perfecta cuenta, Aquilán. Yo ignoraba lo que aquí

sucede, cuando mi padre me hizo salir de Nordal, para reunirme con quien me pedía en matrimonio...

—Ya no puedes alterar tu destino —llegaron a un sendero entre árboles. Aquilán detuvo su montura. Señaló adelante, ante sí—. Artika, este, camino es seguro. Tórnalo. Encontrarás muy pronto la bifurcación que conduce al camino de Rehm. Date a conocer y te reunirán con tus soldados. Adiós... y perdona todo, Artika.

—Adiós, Aquilán —ella le miró con expresión profunda—. Una pregunta tan sólo antes de separarnos para siempre.

—Hazla, Tika —sonrió el rubio joven—. Me gusta más este nombre, puesto que me he acostumbrado a él. Me hace pensar que eres sólo Tika, una muchacha del norte, y no una princesa que va a desposarse con nuestro tirano.

—Aquilán, ¿qué vas a hacer ahora, aparte de combatir por tu libertad y la de tu pueblo, incluso contra mí misma cuando sea reina de Hélide? Me refiero: ¿has tomado alguna decisión respecto a lo que tanto te preocupa.

—¿Te refieres a... al Dragón?

—Sí —se estremeció ella—. A eso me refería, Aquilán. El Dragón... y todo lo demás.

—El hecho de que no me ataquen a mí, no me hace sentir simpatía alguna por esa fuerza oculta que parece vigilarme de cerca. Un hombre indefenso, Grokko, fue asesinado en mi presencia. Un buen amigo. Max, también fue muerto delante de mí., sin que yo pudiera evitarlo. Estoy decidido a saber qué se oculta detrás de todo esto. Y lo sabré... o moriré en el empeño.

—No tienes medio alguno de averiguarlo. Ni de luchar contra ese monstruo que aterroriza a todas las tierras del norte de Vultar, compréndelo —le replicó Artika con voz serena—. Es un enigma que está por encima de tus posibilidades, muy lejos del punto adonde llegan las fuerzas humanas. El Dragón del Cosmos no es humano. Tampoco sus poderes. Créeme, Aquilán: no se puede combatir lo que no entendemos ni es de este mundo. Sea magia o una ciencia misteriosa y oculta la que controla la vida de esa ciudad fantástica que surge del cielo, y de su único morador, el Dragón, nada se puede hacer contra ello. Te ruego que olvides el asunto. Como dijo Elko, quizá sea más razonable y prudente luchar por la libertad de Enigia, como hasta ahora.

—Pero entonces, ¿por qué Grokko me eligió? ¿Poiqué poseo ahora¹ esa bolsa de monedas octogonales, con un lacre verde? ¿Por qué respeta mi vida ese misterioso enemigo invisible? ¿Qué significa todo eso... y adónde conduce?

—A la muerte o a la locura, Aquilán —sentenció ella sombríamente. Sus ojos de un azul purísimo se clavaron en él—. Créeme, amigo. No quisiera que te sucediese nada malo. A pesar de todo... he aprendido a sentirme amiga tuya en estas últimas horas.

—Eso es hermoso, Tika —sonrió Aquilán, contemplándola fijamente—. ¿Sabes una cosa? Tuve que besarte antes, para que no te delataras ante Elko. Perdóname sí te hice tal cosa por sorpresa, pero... será un bello recuerdo en mi vida, el del contacto con tus labios.

—En ese caso... ¿por qué no me besas otra vez, aunque sea como despedida? —sonrió ella a su vez, sin desviar sus ojos de él.

Aquilán dominó como pudo su sorpresa, se inclinó hacia ella... y esta vez, el beso fue un impulso común que juntó sus bocas prolongadamente.

A separarse, la boca de Ártika temblaba levemente, y sus ojos reflejaban un fulgor de astros nocturnos,, con brillantez inusitada. Ambos se miraron en silencio.

—Adiós, Aquilán —murmuró ella.

—Adiós, Tika... y que seas feliz —respondió él, sintiendo en sus labios el fuego de aquel roce prolongado y profundo.

Espoleó ella con sus talones a la montura. El unicornio se alejó al galope por el sendero, llevándose a la joven princesa de regreso a su mundo.

Aquilán contempló su alejamiento con expresión dolorida. Luego, inclinó la cabeza, Y partió sin rumbo lijo, preguntándose si volvería a ver a la hermosa criatura del norte, cuando fuese ya reina de todos los hélidos y de los invadidos pueblos enigios.

No era agradable pensar que alguna vez, en. un futuro inmediato, ella sería su enemigo más encarnizado, junto con el Rey Vosgo.

A veces, el destino se permitía tristes y dolorosos caprichos con los seres humanos.

* * *

Rehm dormía apaciblemente en la madrugada, próximas ya las

luces del alba.

¡Atravesó las calles menos frecuentadas, temiendo encontrarse, por un igual, con los rebeldes amigos suyos o con los soldados de patrulla de Hélide. Ambos bandos debían de estar buscándole implacablemente.

Para los soldados de Nordal y, por tanto, para las autoridades de Enigia, él era un asesino y un secuestrador. Para los patriotas de Enigia, un traidor aliado a la princesa Artika. Elko ya habría puesto en pie de guerra contra él a todos los hombres de Rehm.

La inseguridad de poder probar su inocencia a todos o parte de ellos, era lo que más le convenía ahora para hacer lo que había pensado: partir de Rehm y, quizá de la propia tierra enigia, rumbo a alguna parte. Al norte, por ejemplo.

El norte .

Allí esperaba Nordal. Y el río Sigrud, y la cadena de las Montañas Vénticas, frontera natural con Glaciria, la región polar.

De allí llegó Grokko, el hombre del sello de lacre verde. El hombre muerto por una espada que llegó del vacío, cuando iba a referirle lo que sabía sobre el Dragón. Resultaba significativo, quizá, que la llamada Ciudad de los Muertos, se hallase en el camino. A medio recorrido hasta el oscuro y misterioso río Sigrud, el de las aguas heladas.

Aquilán estaba resuelto. Viajaría hacia el norte. Antes, quería saber si su escudero, el buen Tulak, seguía creyendo en él. El viaje era demasiado largo para hacerlo solo. Tulak y él podrían repartirse la vigilancia en sus acampadas, y también otras duras tareas del largo recorrido hacia el norte.

Ardía en deseos de abrir aquella bolsa herméticamente cerrada, pero algo le decía que se contuviera aún, que no forzara las cosas. Que llegado el momento, quizá esa misteriosa bolsa podía ser decisiva para él y para su vida...

Se contuvo. La bolsa continuó cerrada. Detuvo su montura no lejos de la vivienda de Tulak. Llevó rápido su mano a la empuñadura de la espada, al captar la sigilosa presencia de alguien, en las sombras de una callejuela inmediata.

—No, no hagas nada, Aquilán —sonó una voz apagada, de acento amistoso—. No voy a hacerte daño. Soy hombre de paz..., ¿No me recuerdas ya?

—¡Zuvic! —recordó al peregrino y, efectivamente, éste se materializó cautelosamente en una zona menos oscura, emergiendo de las tinieblas—. ¿Qué es de tu vida, penitente?

—Ya lo ves. Siempre peregrinando de un sitio a otro. Pero esta vez por causa tuya, y no mía.

—¿Por mi causa? —pestañeó Aquilán—. No le entiendo, Zuvic. ¿Á qué te refieres al hablar de ese modo?

—A tus problemas. No se habla de otra cosa en todo Rehm esta noche. La guardia de Hélice le busca, acusado de! asesinato de un hombre llamado Grokko, extranjero, y del rapto de la princesa Artika, de Nordal ¿Todo eso es cierto?

—No exactamente, Zuvic. Te lo contaría, si tuviera tiempo, pero no dispongo de él. Debo ver a mi fiel escudero Tulak y...

—Para eso estoy aquí. Esperaba verte venir. No te acerques a casa de Tulak. Hay. una emboscada dispuesta contra ti.

—¿Una, emboscada? ¿De quién?

—Los hombres de Hélide. Soldados apostados, seguros de que vendrás a reunirse con tus amigos. Tulak teme que caigas en la trampa. Me avisó para que te hiciera llegar la noticia.

—Entiendo, Tulak no es tonto. ¿Está él allí ahora?

—Sí. Está. Le vigilan de cerca. Sería un error intentar acercarse a su vivienda. Siempre hay confidentes, Gentes que crees amigas tuyas, y te traicionan, informando a las autoridades. Será mejor que salgas de Rehm por un tiempo. De momento, van a dedicar todos sus esfuerzos a dar caza al hijo de los dioses, no te quepa duda.

—Voy a ausentarme de Rehm aun sin eso, Zuvic. Por eso venía en. busca de Tulak. Le necesito como compañero en un largo viaje.

—¿Un viaje? —le miró el penitente desde debajo de su caperuza oscura, pensativamente—. ¿Adonde? —Al norte.

—El norte... Allá están mis tierras, Aquilán.

—Lo sé. Yo Voy lejos: al límite de Nordal con Glaciria.

—¿Qué se te ha perdido en tan inhóspitas regiones? —pareció inquieto el penitente.

—Aún no lo sé. Quizá nada. Voy en busca de una quimera, de algo que tal vez no exista siquiera.

—¿Qué es ello? Si puedo ayudarte...

—Dudo que esté en tu mano, por muy del norte que seas. Imagino que también habrás oído leyendas y fantasías, como todo

el mundo. El norte es tierra de duendes y de hechicerías, desde que el mundo es mundo.

—He oído mil historias de las nieves y de los glaciares, si a eso te refieres. Pero resulta sorprendente que un hombre que tiene aquí su motivo, la razón por la que vivir y luchar, se, vaya tan lejos, sin una razón de peso, sin algo que le mueva en esa dirección con fuerza suficiente para hacerle olvidar su pugna por la libertad...

—Ahora. que lo dices, es posible que tengas razón, peregrino, y sea eso lo que realmente me induce a buscar la verdad, sea cual sea: la mía es una lucha dura, desesperada, en la que a veces no bastará la espada y el valor. El enemigo es fuerte, nutrido, poderoso... Imagina un arma... Un medio de combatir a esos adversarios con armas poderosas, con una ciencia desconocida hasta ahora... Entonces, quizá la salvación de Enigia estuviera en manos de Aquilán, de modo definitivo.

—Si lograras eso, serías capaz de conquistar el mundo.

—No me interesa la conquista. No deseo el poder. Sólo que mi pueblo sea libre. En el norte puede estar la esperanza suprema.

—¿Qué clase de esperanza, Aquilán?

—Ya te lo dije: la que implicaría el dominio de una fuerza oculta y desconocida.

—¿Existe esa fuerza?, —dudó Zuvic.

—No lo sé. Voy en su busca, como hay quien parte en busca de un tesoro. Si es cierto que existe el Dragón de los Astros, y si en sus garras hay un poder capaz de mover muñecos y de enviar armas con orden de matar, movidas a distancia...

—¡El Dragón de los Astros! —el peregrino retrocedió, tambaleante, asustado sin duda por lo que oía—. Por todos los dioses de Vultar, ¿qué es lo que dices?

—Veo que sí oíste hablar de esa leyenda —sonrió Aquilán, pensativo.

—No, no es una leyenda, Aquilán jadeó el peregrino, asustado por primera vez—. Es algo real y terrible. Un hecho infernal que llega del espacio...

—¿Lo viste tú alguna vez?

—No, yo no..., pero vi las huellas de calcinación, los cuerpos desangrados.;

—Entonces, es cierto. Existe el monstruo... y baja del cielo con la

nube de niebla plateada...

—¡Claro que existe! Aquilán, no vayas en busca de algo tan terrible. Puede aniquilar a todo lo que se le oponga. Por tanto... ¿qué serías tú para él, por fuerte que seas y por audaz que te muestres? Una víctima más de su voracidad insaciable...

—Espera, Zuvic. No pretendo vencer a semejantes fuerzas desencadenadas. No con mis propios medios, por supuesto.

—¿Cuentas acaso con alguno más?

—Quizá no, pero... es un presentimiento, una corazonada o como quieras llamarle. Iré allá en busca del Dragón. Por eso necesito a Tulak.

—Dos hombres en busca de un poder diabólico. Aquilán, no eres un mago, no posees poderes especiales para luchar contra semejante adversario...

—Lo veremos por el camino. Esperaré a ver si logro establecer contacto con Tulak, para que se reúna conmigo; Estoy decidido a emprender ese viaje.

—¿Irremisiblemente?

—Así es.

—Muy bien —resopló Zuvic, de mala gana—. Puesto que no hay otro remedio, yo me ocuparé de ayudarte, Aquilán. Avisaré a Tulak. Le diré lo que sucede, y cómo y dónde debe reunirse contigo sin ser visto. Yo me ocuparé de las provisiones para el viaje.

—No debes molestarte por mí, Zuvic. Bastará con que avises a Tulak. Yo haré el resto...

—No es molestia. Si hemos de partir, debo ayudar también a ultimar detalles.

—¿Hemos? —Aquilán le contemplo, ceñudo—. Eli, ¿qué significa eso? No he dicho qué tú vayas a acompañarnos, Zuvic.

—Necesitarás a más gente. Yo puedo serte útil. Conozco los caminos, y sé por dónde llegar más rápido y seguro al curso del río Sigrud. A fin de cuentas, siempre voy de un lado para otro; Será divertido volver al norte... en busca del Dragón de los Astros.

—¿Divertido? No me parece ésa la palabra adecuada.

—Y no lo es —sostuvo fríamente ahora el peregrino—. Hablaba con sarcasmo, Aquilán. Yo soy el menos indicado para hablar de diversión al respecto. Aunque no lo sospeches, tengo un grave motivo para pedirte formar parte de esa expedición a Glaciria.

—¿Tú? ¿Qué motivo, Zuvic?

—Uno muy simple, amigo mío: toda mi familia fue exterminada por el Dragón. Quedo yo solo en el mundo... buscando la razón de mi vida. Quizá ahora la encuentre a tu lado.

—Entiendo... ¿Venganza? ¿Es eso lo que sueñas?

—Yo no diría eso. La venganza no es adecuada para un peregrino penitente. Pero sí el afán de justicia, el deseo de que todo, mal sea exterminado de nuestro mundo, para bien de los que no deben sufrir sus consecuencias. Estoy seguro de que los dioses todos del Mal y dé la Muerte, protegen a ese ser monstruoso, llegado del espacio...

—Sí, yo empiezo a pensarlo así también —admitió con sombría expresión Aquilán.

* * *

Los extraños pajarracos sobrevolaban el cielo encima de ellos. Eran coronas negras y aladas, en lento vuelo siniestro, formando anillos lúgubres.

—Buitres rojos —señaló Tulak, ceñudo—. Mirad sus alas membranosas, de murciélago... Y sus feas caras repulsivas... Sienten impaciencia por la carroña que esperan.

—Y la carroña somos nosotros —señaló secamente el peregrino, apoyándose en unos peñascos bajo el crudo sol azul de Xaal—. Diablos, si no encontramos pronto agua y un lugar donde descansar sin que el sol abraza nuestros cuerpos, vamos a terminar siendo el festín de esos malditos animales.

—Dijiste que conocías el camino al norte —señaló, con agrio sarcasmo Aquilán, escudriñando la distancia, en busca de alguna fuente o manantial, marcado por vegetación frondosa y fresca. No lo encontró.

—Y es la verdad —se quejó el peregrino—. ¿Quién iba a imaginarse que estuvieran secos los pozos de Olympiaka~y del Monte Araño? Durante siglos han tenido agua abundante para el viajero.

—Y así seguiría siendo:., si «algo» no lo hubiese alterado todo.

Era Aquilán quien hablaba. Sorprendidos, Tulak y el peregrino le contemplaron, para luego mirarse entre sí, con expresión de temor por el equilibrio emocional y psíquico* del joven guerrero ante su comentario.

—Perdona, ¿dijiste...? —comenzó Tulak, rascándose su ancho mentón, salpicado de vello pelirrojo, duro como los hierbajos resecos que hallaban en los desiertos del norte de Enigia, cercana ya la divisoria de Nordal.

—No estoy loco ni deliro —replicó secamente Aquilán, adivinando lo que pensaban—. Dije que *algo* ha intervenido en todo eso, secando los pozos.

—Aquilán, no hay nadie capaz de cegar esos manantiales sin antes transformar totalmente todo el paisaje. Y no se ve señal de alteración o violencia. Simplemente que el curso del agua se secó. ¿Qué ves de anómalo en eso?

—Todo. La misma fuerza que puede mover armas en el vacío y enviar a luchar a autómatas humanos, es capaz de secar pozos de agua a distancia, si desea nuestra muerte.

—Es posible, pero... si no te quiso matar antes, según me explicaste..., ¿por qué habría de hacerlo ahora? —dudó Tulak.

—No lo sé. Ocurre algo extraño. Primero, realmente, piensan matarme, y me envían a Kumak, el muñeca infernal. Luego, matan a Grokko y me respetan a mí. Después es Max quien cae, sin que yo sufra daño... No lo entiendo. Es como si me enfrentase a *dos* impulsos diferentes. Uno agresivo y hostil, y el otro amistoso hacia mí, aunque implacable hacia los demás.

—Eso tiene muy poco sentido, si es que tiene alguno —se quejó Zuvic, el penitente.

—Lo sé. Por eso no quiero hablar de ello —la rubia cabeza de Aquilán se alzó al cielo, y sus ojos se clavaron en ja distancia, allá al norte; lejos, muy lejos de su horizonte visual. Tras un silencio, exhaló un suspiro y dijo—: De todos modos, tenemos un medio de reponer el agua de nuestros recipientes, antes de que caiga la noche por completo.

—¿Dónde? —quiso saber Tulak, arrugando el ceño—. Yo no sé de ningún otro pozo...

—Yo sí —afirmó con voz ronca el peregrino—. Pero imagino que no iremos hacia allá por nada del mundo, ¿no es cierto, Aquilán?

—¿Y por qué no? —rió él sordamente.

—Por todos los dioses, es que ese lugar es... as la...

—La Ciudad de los Muertos, sí —afirmó Aquilán—. Allá iremos en busca de agua, amigos míos. Quien se niegue a ir, dejará su

pellejo aquí, para pasto de animales de rapiña... Podéis elegir libremente, amigos.

Cuando reanudó la marcha, con renovados ánimos, desviándose hacia el oeste, en busca de la Ciudad de los Muertos, Tulak y Zuvic le siguieron sin replicar.

* * *

La Ciudad de los Muertos...

Aun a la luz del día, su aspecto era impresionante. Estremecedor, a juicio del amedrentado Tulak.

Se conservaba todo en pie: edificios de vieja piedra, murallas cubiertas de hiedras, calles y plazas... El suelo empedrado aparecía silencioso, sin pisadas. La urbe toda, era un panteón de sepulcral mutismo y vacío desolador. Pero, cosa curiosa: nada aparecía ruinoso. Ni abandonado o sucio, con excepción de los hierbajos y plantas trepadoras de origen silvestre.

—Si no hay ningún ser viviente aquí... ¿quién limpia todo esto? —fue la repentina pregunta que hizo Aquilán en voz alta.

—Se dice que el viento sopla tan fuerte en las noches del desierto, que barre todo cuanto halla a su paso — señaló Zuvic aprensivo, estudiando la inmaculada, silenciosa y siniestra ciudad, en la que millones de ojos invisibles parecían acecharles desde los rincones más insospechados.

Pero lo cierto es que Aquilán, en sus idas y venidas, espada en mano, no encontró motivo alguno de inquietud. Todo aparecía tan desierto y pulcro como las mismas calles. Si alguna vez hubo muertos allí, habían desaparecido, convertidos en polvo que barrieron los vientos del desierto. Ni esqueletos, ni jirones de tela, ni tan siquiera huellas de muerte de parte alguna.

—Lleva muchísimo tiempo así —dijo roncamente Zuvic—. Sin embargo, hay algo que parece dotado de vida aquí. Me pregunto qué será...

—Yo también. Es una sensación muy clara..., pero inconcreta — suspiró Aquilán—. Estoy seguro de algo: nos vigilan.

—Pero... ¿quién? ¿Dónde?—casi gritó, rotos sus nervios, el fiel Tulak, mirando en derredor, espada en mano.

Sólo su voz, rebotando burlona de eco en eco por calles y plazas, le dio una respuesta llena de sarcasmo.

Aquilán se encaminó a puertas y ventanas. Todo estaba abierto.

En el interior de algunas viviendas, descubrió los utensilios alineados, limpios de polvo, los viejos muebles inmóviles, sin telarañas ni huellas de abandono...

—No tiene sentido —jadeó—. Hay alguien que cuida de la limpieza de toda esta ciudad, pero ¿quién, por todos los diablos?

Tampoco sus dudas tenían respuesta. Llegaron al centro urbano, y el rumor fresco del agua, surgiendo en surtidor, les atrajo como el más delicioso canto de sirena. Sin embargo, Aquilán se interpuso, antes de que sus camaradas resolvieran beber el líquido elemento sin más rodeos.

—Esperad —avisen—. El agua puede ser venenosa.

—¿El agua? ¿Cómo puede brotar agua venenosa del suelo? —rechazó Tulak.

—Quizá sea envenenada más tarde. O tal vez sea perfectamente potable. Conviene estar seguros antes* de cometer un error funesto.

—Aquilán tiene razón —convino el peregrino—. En esta ciudad, parece como si todo fuese posible...

Dejó que bebiera primero un unicornio de carga. ES animal lo hizo glotonamente, dada la sed acumulada en el desierto. No sucedió nada, y ésa fue la orden tácita de ataque al agua.

Momentos más tarde, estaban repletos los recipientes de los viajeros, y también sus sedientos cuerpos fatigados.

Pero entre tanto, la tarde había caído mucho más deprisa de lo que imaginaban. Las sombras de la noche, como el peor de los presagios, se extendieron sobre ¡a ciudad muerta...

—Mirad... —musitó, tembloroso, el peregrino Zuvic—. Es... es dé noche, amigos... No nos dará tiempo a salir de la ciudad antes de que oscurezca totalmente.

Cuando menos, lo intentaron, con Aquilán a la cabeza.

Llegaron a las puertas de las murallas, que dejaran abiertas tras de sí, justamente cuando la oscuridad completa se cerraba en el cielo, dejando éste salpicado de lejanos astros. Una de las luces de Vultar empezó a asomar por el horizonte, pausadamente...

—Mirad — musitó, tembloroso, Tulak, señalando con mano insegura al viejo portón de acceso a la ciudad—. Está... está cerrando.

CAPITULO VI

—**E**S cierto —admitió sombríamente Aquilán—. Está cerrada.

—Herméticamente cerrada —corroboró Zuvic, tras forcejear con los hierros que cruzaban la madera—. Esto no lo hizo el viento. Posee llaves que giraron en esa cerradura... y que no están ahora ante nosotros. El que se llevó esas llaves, cerró las puertas de la ciudad.

—Y nos dejó dentro —sentenció con angustia Tulak, tragando saliva.

—Exacto. Nos dejó dentro —confirmó con frialdad Aquilán, girando la cabeza—. Sin embargo, no se ve a nadie, no se oye ruido alguno...

—Esto... esto es atroz. Sobrenatural —musitó su fiel escudero, que perdía, todo su fiero valor cuando se enfrentaba a algo que. no entendía, algo que no era un enemigo o cien, con armas por medio.

Aquilán no dijo nada. Estudiaba, en silencio los edificios oscuros, las calles silenciosas. Miró a sus pies, al suelo empedrado, negro como la misma noche. —Juraría que no hay *nadie* aquí —dijo con voz tensa—. Y, sin embargo...

—Sin embargo, la sensación de ser vigilados es cada vez mayor —corroboró el encapuchado Zuvic, con angustia.

Asintió el rubio joven enigma, con expresión torva. Echó a andar de repente, ciudad adentro. Ciertamente, las murallas eran demasiado elevadas para pensar en saltarlas fácilmente. Tulak sé dijo que quizá buscaba una salida que no fuera aquélla.

Aquilán, con un valor rayano en la temeridad, fue abriendo diversas puertas, una a una. Escudriñó el oscuro interior de las casas, sin percibir ruido alguno,, sin la más leve señal de presencia viviente en parte alguna.

—Es curioso —dijo., de repente, con voz glacial.

—¿Curioso? —indagó Zuvic—. ¿El qué?

—Que ni siquiera haya ratas —susurró. Aquilán—. En esta ciudad NO HAY NADA vivo.

—Cielos... —jadeó Tulak, con supersticioso pavor—. Sólo../sólo muertos.

—A menos que sean invisibles, ni eso —replicó Aquilán—. Dicen que los que mueren y vuelven al mundo, deambulan sin ser vistos, como simples espectros. Pero también dicen que ellos se dejan sentir, sea por ruidos; movimientos y otras manifestaciones... Aquí no hay nada de eso. Por tanto..., ¿dónde están esos fantasmas?

—Por favor. Aquilán, no digas esas cosas —se quejó Tulak—. Pueden aparecerse y...

Aquilán no hizo caso a su amigo. Recorrió la calle, en silencio, mirando cada casa, cada esquina, cada puerta oscura y silenciosa.

Al fin, tomó una decisión. Se volvió a sus amigos, compañeros de viaje en aquel trance.

—Vamos —dijo—. Salgamos de aquí.

—Sí, pero ¿cómo? —gimió Tulak.

—Romperemos la madera a hachazos, a golpes de espada —dijo secamente—. Estoy seguro de que resultará. Tiene que resultar...

Desenvainó su poderosa espada nuevamente, pese a que su única utilidad allí parecía ser la de hender puertas de madera para evadirse. Como al azar,, cuando pasó ante un edificio, descargó un mandoble brusco sobre la madera de la puerta.

La hoja arrancó astillas violentamente. Tulak se volvió, sobresaltado. Pero más lo estuvo aún cuando, inesperadamente, un gemido agudo, de dolor infinito escapó a alguna parte, apenas Aquilán hizo impacto con su espada en la puerta del edificio.

—¡Eh!—exclamó Zuvic, palideciendo—, ¿Qué fue eso? ¿Quién gritó así? —*El edificio* —dijo Aquilán roncamente—. El edificio GRITÓ.

—¿Qué? —aulló Tulak, desconcertado, lívido. , —Lo sospechaba. Había empezado a imaginarlo así nace poco —silabeo el joven guerrero, mirando hostilmente en torno como si legiones de adversarios les rodeasen implacablemente—. No hay nada vivo aquí. Lo que vive y palpita ES LA CIUDAD MISMA. Estamos en una ciudad en la que todo vive y siente... Una ciudad que mata y

destruye, para vivir vacía, durante siglos y siglos.

Como coreando lo que Aquilán decía, un susurro, un murmullo ronco y profundo brotó de un edificio, luego de otro, de otro... Y toda la ciudad, absolutamente TODA, emitió aquel murmullo que les ensordecía y rodeaba de modo obsesivo.

«Igual... exactamente igual —pensó Aquilán— que una risa siniestra, repetida por todos y cada uno de los edificios vivientes de la Ciudad Muerta...

* * *

Agrupados los tres hombres, miraban en tomo suyo con evidente pavor. Eran hombres avezados a luchar contra toda clase de enemigos, pero enemigos materiales, sólidos, tangibles. Enemigos que podían matar y ser muertos, a la vez. No una serie de bloques de piedra, de edificaciones dotadas de una enigmática e inconcebible forma de vida que quizá no tenía explicación alguna, salvo por algún prodigio perdido en la noche de los tiempos.

—Es cierto... —siseó Zuvic—. Sabía que había algo maligno e insano aquí. Que nos acechaban... Y es la ciudad misma la que acecha, la que vigila, la que espera, como un enorme monstruo, a que entre alguien en sus fauces, para cerrar éstas y absorber al intruso.

—¿Qué... qué sucede, según eso, con quienes llegan a esta ciudad y se quedan, dentro? —quiso saber Tulak.

—No podemos estar seguros, pero quizá la ciudad, como todo lo que está vivo, también tiene capacidad de destruir, de devorar, en suma..., haciendo desaparecer a los intrusos como hizo desaparecer a los habitantes cuando quiso quedarse sola, en su, virginal y terrible silencio...

—Aquilán, hablaste de... de romper la puerta a hachazos —le recordó Tulak.

—¿Crees que nos dejará *ella*? —dudó el joven, abarcando con un gesto a toda la ciudad oscura, lúgubre y fantasmal—. No, amigo mío. Ahora sabe que conocemos su secreto. Sabe que lie herido intencionadamente a una de sus puertas. No permitirá más violencias. Se defenderá...

—Pero ¿cómo puede defenderse una ciudad? —estalló Zuvic.

—No lo sé. Ni quiero saberlo. Debe ser algo espantoso. Bajo este silencio hay maldad. Esta forma de vida es monstruosa y terrible.

Me temo que sea una forma silente y lenta de morir. Algo que no concebimos fácilmente, ni deseo hacerlo tampoco. Lo fundamental es salir de aquí, escapar como sea.

—Sí, pero... ¿cómo? .

—¿Cómo? —Aquilán clavó sus ojos metálicos en ambos amigos. Luego, pausadamente, dijo con frialdad—: Voy a intentarlo. Ahora, Y que los dioses me protejan, amigos míos...

El suelo temblaba bajo sus pies levemente. No era un temblor de vibración terrena, sino algo mucho más diabólico y horrible. Aquilán estaba seguro de que era la RESPIRACIÓN de la ciudad...

Rápido, llevó su mano al cinturón. Extrajo la bolsa de piel con el lacre verde. Agitó la misma, ante la doble mirada de sorpresa de Tulak y de Zuvick.

—¿Qué significa eso? —quiso saber el peregrino. —¿Te servirá de algo esa bolsa? —dudó Tulak, —El instinto me dice que sí. Voy a...

No terminó de hablar. Un fuerte viento, como un huracán, estalló de repente, comenzando a silbar en las calles de la ciudad. Agitó a los tres hombres y sus ropas flotaron con violencia. De haber tenido sujeto el saquito con menos fuerza, éste hubiera sido arrancado de sus manos por el inesperado vendaval.

Pero Aquilán había esperado algo así. La defensa de la ciudad contra él... Eso confirmaba sus teorías. Sin vacilar, protegiéndose cuanto le era posible del siniestro huracán, procedió a romper el lacre verde con el signo de la calavera.

. Y arrojó al suelo las monedas que contenía, reteniendo entre sus dedos la piel de la bolsita.

Hubo un estallido formidable en torno suyo, un fragor horrible descendió del cielo, y la urbe entera tembló, comenzando de repente a desmoronarse, a rodar sus piedras, a temblar y oscilar los edificios que luego,, uno a uno, iban demoliéndose en medio de un caos de polvo y ruido.

—¡Vamos, pronto, a las murallas! —rugió Aquilán, partiendo con sus amigos. Avanzaba el primero, rompiendo la marcha, y llegó pronto al portalón, que ya no hacía ninguna falta para abandonar la ciudad dotada de vida monstruosa.

Las murallas, en su derrumbamiento, dejaban enormes boquetes, por uno de los cuales saltaron al exterior. Apenas pisaron el suelo

del desierto, Aquilán, aturdido, giró su cabeza, para contemplar el derrumbamiento final de la Ciudad de los Muertos.

Pestañeó, atónito. Se frotó los ojos, sin poder dar crédito a lo que veía.

A su lado, corroborando su estupor, Tulak y Zuvic gritaban algo, buscando en vano, con su mirada, las murallas, la ciudad, las ruinas y el polvo...

No había nada de ello. Sólo el desierto, interminable ante sus ojos.

La Ciudad Muerta no existía. Y si existió alguna vez, había desaparecido sin dejar rastro...

* * *

—No es posible, Aquilán... Yo la vi allí, frente a mí.

No había error. Estuvimos en ella, en sus calles...

—Claro. Todo eso fue real, no lo soñamos. El agua de nuestros recipientes es bien real. No hemos sufrido espejismos ni alucinaciones, estad seguros.

—Pero... ¿entonces? —dudó el peregrino.

—Sencillamente, hemos visitado un lugar fuera de este mundo. Una ciudad que no pertenecía a nuestro planeta. Una forma de vida llegada de alguna o ira región desconocida adonde los sentidos humanos no llegan. Por algún raro prodigio, se asentó aquí. Y existía, sobre todo en la noche, estando alguien, en su interior. Al escaparnos, rompimos su poder y su propio hechizo. Se eclipsó en la nada, de donde procedía.

—¿Cómo pudiste saber lo... lo del saquito de Grokko? —se interesó Tulak.

—No podía saberlo. Actúo por simple instinto, como si algo o alguien me guiara y me hiciera hacer todo aquello que debe hacerse... —reflexionó Aquilán en voz alta—. Mis queridos amigos, debemos seguir adelante.

—¿Todavía? Quizá fuese mejor olvidarse del resto. La prueba de la Ciudad Muerta puede haber sido toda una terrible premonición, Aquilán. Un aviso de. lo que nos espera allá, en el Norte...

—Sea como sea,, yo iré hasta el fin. Si ese saquito ha tenido poder para vencer a la ciudad de los demonios, no existe: motivo para no pensar que mi instinto de ahora también sea atinado, y me conduzca a la solución definitiva, al enfrentamiento con... el Dragón

de los Astros. .

—Y cuando eso suceda, Aquilán... ¿qué es lo que harás? —preguntó Zuvic con voz apagada—. ¿Cuál será tu arma esta vez, cuando ya nada te queda, salvo ese saquito vacío de monedas?

—No lo sé. Quizá entonces lo sepa... y actúe justo a tiempo, como ahora lo hice.

—Y si no fuese así...

El joven enigmo se encogió de hombros, risueño.

—La muerte es uno de los riesgos del guerrero —sentenció—. No puede uno retroceder por ello, cuando tiene que luchar contra un adversario...

No añadió más. Empezó, resueltamente, la marcha.

Tras un momento de duda, le siguieron Tulak y el peregrino Zuvic, sin una protesta ni un comentario. Adonde fuese Aquilán, iban sus amigos, evidentemente. También ellos aceptaban de modo tácito el riesgo de morir. Pensaban, en realidad, que quizá era demasiado tarde ya para volverse atrás...

De súbito, cuando llevaban varias jornadas más de viaje, a través de las estepas heladas y de las tundras gélidas de Nordal, hacia la frontera con Glaciria... sucedió.

* * *

Fue totalmente imprevisible. Y Aquilán, súbitamente, supo lo que era encontrarse solo. Totalmente solo ante la muerte cierta, Ante el terror desconocido./

Porque materializándose de la nada, como si invisibles asesinos acecharan, en el vacío de las tundras nórdicas, unas jabalinas centelleantes brotaron ante ellos, silbando de modo ominoso.

Eran dos. Ambas parecían ir directamente hacia Aquilán, que se quedó rígido, parado,, esperando el doble impacto de muerte.

No sucedió así.

Las dos jabalinas alcanzaron sus blancos previstos: Tulak y el peregrino Zuvic.

El pelirrojo y el encapuchado exhalaban dos gritos de agudo dolor. Rodaron por la nieve, atravesados por lanzas. Aquilán exhaló un rugido de furia, enarbolando su espada con auténtica rabia impotente ante el vacío helado que le rodeaba.

—¡Malditos asesinos invisibles! —aulló con voz poderosa—. ¿Tan débiles y cobardes os sentís que ni siquiera os atrevéis a

haceros visibles, a mostrar vuestro verdadero rostro a Aquilán de Enigia, que vino en vuestra busca?

En ese momento, la respuesta llegó, sin hacerse esperar demasiado.

Tembló el suelo, crujendo la nieve. El cielo pareció oscurecerse de súbito, y un torbellino de humo descendió en forma de vorágine hacía el suelo ante Aquilán.

Era niebla. Una espesa, extraña niebla plateada, de la que «algo» fantástico emergió un momento más tarde.

CAPITULO VII

EL Dragón.

Aquilán supo que, al fin, estaba frente a él. Emergió de la niebla. plateada y luminosa que flotaba, en círculos veloces ante sus ojos. Era una forma colosal, viscosa como fláccida y casi transparente en el cielo glacial. Sus ojos ardían, fosforescentes, cubiertos de rojas estrías de sangre. Unas fauces demoníacas, pero sin dientes, provistas como de ventosas peludas, se aproximaron a Aquilán.

El volumen del monstruo increíble era como el de un gran mamut de las tundras heladas. Reptaba, se movía con agilidad fantástica, mientras en el cielo, flotando sobre una plataforma de luz plateada, se veía centellear una ciudad de edificios cristalinos, translúcidos, como un espejismo.

—Eres tú... —jadeó Aquilán—. Al fin te veo cara a cara...

—Para morir, guerrero —dijo una voz surgida de las alturas, retumbando como el trueno, en torno suyo—. para morir en mis fauces ávidas...

—Mi sangre para ti, vampiro maldito —silabeó Aquilán—. ¿Por qué no terminaste antes con mi vida? ¿Es que era preciso que yo viniera aquí en tu busca tal vez?

—Era preciso, guerrero —resonó la poderosa voz de las alturas—. Absolutamente preciso, puesto que tu sangre, al llegar a mí, me dotará de la nueva existencia que preciso. Mi vida se extingue, y está señalado que solamente la sangre de quien puede haber vencido el mal de la Ciudad Muerta me dotará de nueva vida...

—Igual que vencí a esa ciudad diabólica, le venceré a ti, monstruo...

—Ni lo sueñes, estúpido luchador. Conmigo no hay fuerza capaz de vencer. Yo envié a Grokko hacia ti, borrándole sus ideas, para

que pensara que me traicionaba. Mi saquito de poder era tuyo, para, que lo utilizaras contra esa ciudad maldita. Yo ignoraba cómo utilizarlo, puesto que lo obtuve del último ser evadido de esa ciudad muerta...

—¿Qué clase de ser eres tú, Dragón?

—Sólo un mutante... Un ser de otros mundos que necesita sangre vuestra, guerrero. Sangre para sobrevivir y ser inmortal... Ahora proseguiré el ciclo que se iba a interrumpir. En mi nave, que es esa ciudad maravillosa que flota en los espacios, y donde están mis criaturas, mi pueblo de autómatas vivientes, yo solo gobierno como amo y señor, y espero hacerlo con mis poderes eternos en otros mundos... Estás perdido, Aquilán. Mis fuerzas no son mágicas, sino de una ciencia que tú desconoces, porque pertenece al futuro de tu mundo, aunque en el mío sea ya pasado....

—Un simple imitante... Me gustaría conocer tu verdadero aspecto, monstruo... fuera da esa apariencia fantástica y repulsiva... —señaló Aquilán.

—Me verás... pero no sin que antes paralice todo tu cuerpo,, para impedirme vencerme —y Aquilán notó en el acto que un frío glacial le envolvía, paralizándole en medio de la tundra helada—. ¡Mira ahora, estúpido! ¿Me reconoces?

El Dragón se transformó, se empequeñeció, adoptó una forma determinada... Aquilán giró la cabeza. Contempló a Tulak, su escudero fiel, que yacía en la nieve... solo. Ni rastreó del peregrino Zuvic...

¡Ahora, ZUVIC era la presencia física y humana del Dragón en el lado opuesto!

—Zuvic... ¿Eras tú?

—Sí, Aquilán.—habló el peregrino con su voz humana—. Yo era Dragón. Tenía que conseguir que fueses a la Ciudad Muerta, que llegaras hasta aquí... Por eso no podías sufrir daño alguno. Sólo las nieves del norte el clima más semejante a mi mundo, me permiten la mutación a mi antojo, y sólo aquí puedo succionar sangre, con mi forma de dragón cósmico... ¿Lo entiendes ahora, Aquilán?

—Sí, Zuvic. Lo entiendo. Puedes ser bestia, hombre cualquier cosa que desees... y fuiste por un tiempo el buen peregrino Zuvic... ¿Vas a terminar conmigo?

—No tengo otro remedio, entiéndelo. No puedo hacer otra, cosa,

puesto que necesito tu sangre, Aquilán... Y tú nacía puedes hacer contra mí. Esta vez, tu instinto te falló, ¿no es cierto?

Y realmente, así parecía. Zuvic comenzó a diluirse de nuevo, a transformarse en el Dragón llegado del Cosmos.

En ese momento, la mano yerta de Aquilán tuvo sólo tuerzas para una cosa: para dejar caer a sus pies el saquito con el lacre verde quebrado...

El instinto le había dicho que sería suficiente.

Y, sin duda alguna, lo fue.

* * *

Una llamarada y una humareda roja brotaron a pies de Aquilán. Este se sintió descongelar, se hizo más gran de, más poderoso... y pudo flotar en el vacío, vio que volaba, sin necesidad de alas, como en un fabuloso juego mágico.....

El. Dragón, a media mutación entre su apariencia cósmica y la suya humana, emitió un rugido que era mitad aullido de fiera, mitad grito de hombre. La enorme espada de Aquilán era ahora centelleante masa de afilado acero, de ingentes proporciones, como el agigantado guerrero...

La espada hirió una y cien veces a la forma inconcreta del dragón en proceso evolutivo de mutación. Llamaradas plateadas surgieron de su forma gelatinosa y translúcida. Luego, torrentes de roja sangre escaparon por heridas prácticamente invisibles.

El bramido ahora fue tan terrible que convirtió en una polvareda fantástica la nube de niebla plateada. La ciudad flotante, translúcida, se hizo añicos, con un estallido increíble...

Un momento después, Aquilán yacía, aturdido, en la nieve recuperada su forma y tamaño normales, sin capacidad para remontar vuelo alguno.

Frente a él, abatido por su espada, con cortes por doquier, yacía el peregrino Zuvic. Y algo más allá, reponiéndose mágicamente de la muerte aparente, sin duda a causa de la desaparición definitiva del Dragón del Cosmos, aparecía ahora, ileso y sin herida alguna, su fiel Tulak...

En la distancia sonaron clarines. Aquilán miró en esa dirección.

—Soldados... —masculló—. Son soldados de Nordal. Me temo que estoy demasiado débil para huir...

Y esperó la llegada del cuerpo de ejército de Nordal.

EPÍLOGO

DEL saquito misterioso de Grokko. El hombre que lo perdió era acaso un mago procedente también de otros mundos. Y su magia venció a la ciencia del Dragón...

—Cuando vi llegar a los soldados de tu padre, temí lo peor —suspiró Aquilán—. Y resulta que ellos acudían porque tu mensajero había entregado ya el mensaje a tu padre, y él obró, en consecuencia, acudiendo en mi apoyo. Es todo magnífico, Tika... Y te lo debo a ti.

—Olvidalo, El triunfo ha sido tuyo. Mi pueblo está libre de una maldición cósmica, y todo Vultar puede respirar tranquilo. La pesadilla ha terminado, por fortuna para todos....

Le besó, ahora en los labios.

Para Aquilán era un dulce premio aquél. El mejor que podía imaginar...

* * *

Cuando Aquilán abandonó Nordal, de regreso a Enigia, acompañado de su fiel escudero Tulak, salvado de la muerte por el triunfo de Aquilán sobre la magia extraña del Dragón del Cosmos, Artika se; quedó despidiéndole; en el balcón de palacio. :

Las tropas de Nordal acompañaron a Aquilán y su escudero hasta la frontera con Enigia. Detrás, quedaban muchas luchas y esfuerzos. Pero también una mujer a quien prometía volver a ver pronto, apenas tuviera ocasión, entre su lucha por la libertad y sus esfuerzos en favor de los oprimidos.

Artika sabía que él cumplía siempre su palabra, y también sería así en esta ocasión. Estaba segura de ello. Muy segura....

Como lo estaba Aquilán de que, andando el tiempo, acaso en un futuro no muy lejano, pudieran unirse él y ella, en un mundo de

paz; donde los pueblos no tuvieran oprimidos y esclavizados por gentes como el Rey Vosgo de Hélide.....

Era sólo una esperanza, ciertamente, pero valía la pena vivir para .que se cumpliera algún día.

Ella era princesa y elegía al joven guerrero, como esposo. Su padre lo aceptaba así. Sólo cuando Aquilán no tuviera qué luchar por Enigia, esa boda sé haría realidad.

Algo le decía al bravo guerrero que el momento no podía estar tan lejano como aparentemente podía pensarse.

Y sus presentimientos, no le fallaban nunca. Nunca.

Esperaba que tampoco le fallasen esta vez. Era cuan do más deseaba acertar. Cuando más ansiaba que ese acierto se cumpliera...

FIN

Notas

¹ *Pasaje perteneciente a la obra Aquilán, Hijo de Dioses, del mismo autor, publicada anteriormente en esta colección, con Aquilán, el luchador enigma, como personaje central de estos temas de Fantasía Heroica. (N. del E.) < <*

² Evidentemente, una versión del boomerang australiano, obtenida por nativos isleños del mítico planeta Vultar, mundo de Aquilán donde estos hechos acontecen. (N. de e.) < <